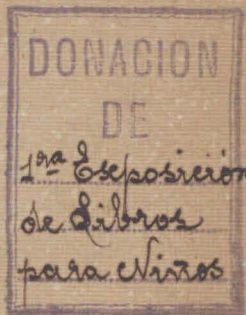




MARTA DE LAS MERCEDES  
I APARICIO DE VOGEL

29.163



*Conservar*

**BIBLIOTECA NACIONAL**

**DE MAESTROS**

**BUENOS AIRES**

29

15x155

A La Exposición  
del Libro para niños.  
Con mucho cariño  
Maria de las Mercedes y Aparicio de Utrera

7-8-1932

1/2 Navarro 3302.

Tela

MARIA DE LAS MERCEDES I, APARICIO DE VOGEL  
MAESTRA DEL CONCEJO ESCOLAR 17

## BIOGRAFIAS INFANTILES

Descripciones reales basadas en la observación diaria y constante de mis educandos

Interesantes y graciosos incidentes de la vida escolar, Notables ejemplos reales de belleza, bondad, altruismo y abnegación infantil en marcado contraste con el egoísmo, orgullo vanidad etc. etc, Vicios cuyo germen ya se observan en el alma del niño.





*Al distinguido Director de la Estación Sanitaria de Villa Devoto, Dr. Isidoro E. Gil, dedico las modestas páginas de mi primer libro, como un sencillo homenaje de admiración a la verdadera ciencia y a la sincera amistad.*

LA AUTORA.

*Buenos Aires.*

ES PROPIEDAD  
DE LA AUTORA

## ADVERTENCIA

“Flor de Sombra” debería llamarse este libro, como el seudónimo que llevan algunas de mis poesías que a veces tengo la serena insolencia de publicar, sin ser poeta. Como ellas, ha permanecido por mucho tiempo oculto a las miradas indiscretas, en un paraje misterioso y sombrío, el de mi mente. Así debería llamarse, si no tuviese por tema, los niños, que como el sol, son fuente de vida, de luz y de belleza.

Este libro, escrito en mis pocas horas de descanso y de soledad, es para mis compañeras y para mis alumnos. Para mis compañeras, porque al leer



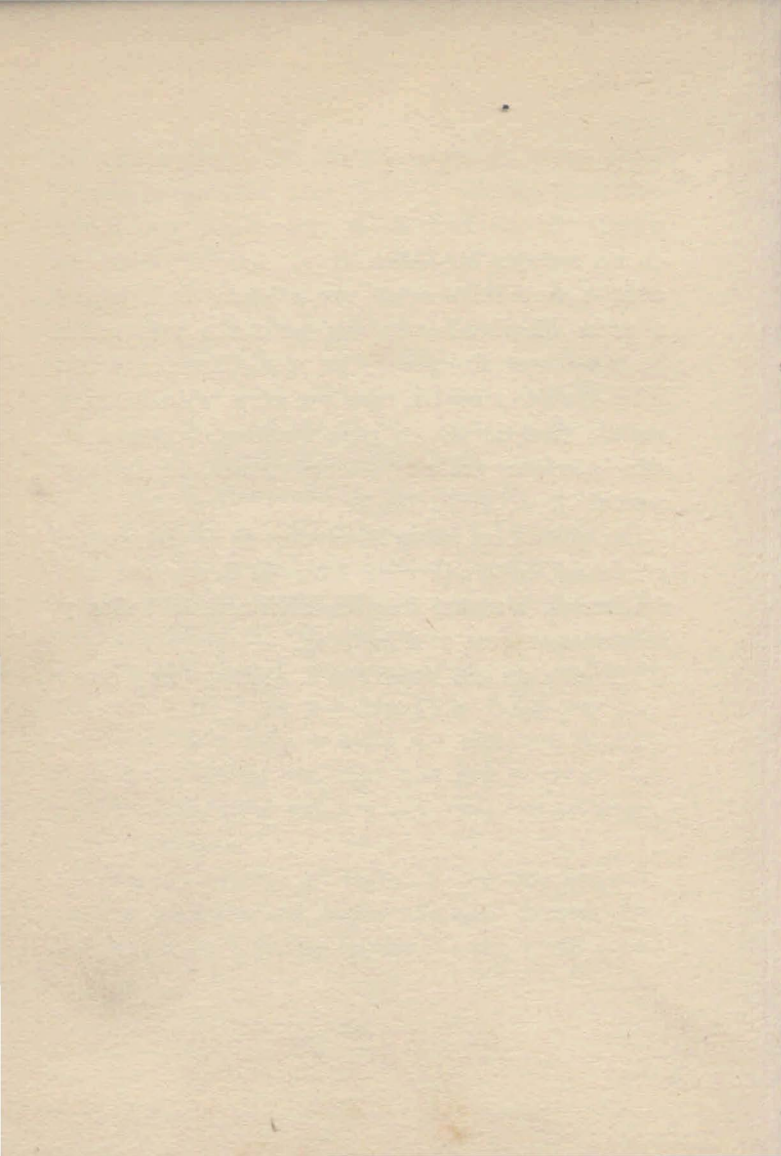
estas páginas, sé que más de una vez han de interrumpir su lectura para exclamar o pensar: ¡Tiene razón! ¡Es así! Ellas les han de recordar escenas y casos más o menos iguales ocurridos en el transcurso de la labor docente. Y cómo no ha de ser así, si lo que escribo sólo tiene el mérito de ser la exacta verdad y no el producto de una fértil y brillante imaginación que estoy muy lejos de poseer, pero que gentilmente me atribuyen mis amigas. Me he tomado solamente el trabajo de escribir lo que he observado en mis alumnos, estudiándolos, colectiva e individualmente, y de anotar todo lo que ha ocurrido en nuestro contacto diario. He sido siempre para ellos una amiga mayor, mezclándome tanto en sus pequeñas tareas, como en sus inocentes juegos, he sorprendido sus actitudes más naturales, y me son familiares todas sus modalidades. Este libro es para mis alumnos, porque no he ambicionado otra cosa que dedicarles un recuerdo. ¡Tanto los amo!, y soy feliz consagrándoles mi existencia.

¡Cómo no amar a los niños, y con más razón a nuestros alumnos, en cuyas vírgenes almitas hemos dejado gran parte de nuestro ser, en la cons-

tante lucha de arrancar de sus inteligencias sin cultivo el germen del mal, para sembrar el bien y disipar las sombras de la ignorancia, por medio de los reflejos luminosos de la ciencia! ¡Cómo no amar a esos bellos seres que a pesar de habernos a veces disgustado con sus naturales travesuras, los queremos siempre y los recordamos con sin igual cariño a medida que los años transcurren y cuando ellos no son ya para nosotros, sino una visión preciosa grabada en el fondo de nuestra mente!

Los que en las horas invernales de la vida se nos presentan, como delicadas flores de Primavera, virginalmente blancas, frágiles, divinamente bellas y siempre graciosas y seductoras.

MARÍA DE LAS MERCEDES I. APARICIO DE VOGEL.



*Rasgo especial: Gracia*

Una pequeña miniatura. Su carita sonrosada era de un admirable óvalo, blanca, con una blancura casi nívea, sus mejillas apenas sonrosadas por un tenue carmín, su apacible mirada, sus lindos y rubios cabellos rizados, la hacían tan bella que uno al verla se imaginaba una vaporosa nube de suaves tintes rosados que un rayo de sol naciente ilumina de improviso y la refleja en la blancura inmaculada de la nieve.

Esta nena tan linda y tan inteligente, era muy pobre; sin embargo parecía estar siempre contenta con su destino, y en su serena resignación me enseñaba que en la vida hay, como dice el paisano, “que tragar amargo y escupir dulce”.

Era muy contraída al estudio y se distinguía en todo. Era tan graciosa que muchas veces desordenaba la clase, provocando con sus inocentes salidas, espontáneas risas en los alumnos, por lo que a pesar mío tenía que reprenderla formalmente.

A pesar de sus pocos años, esta nena se daba



cuenta de lo que valía, y su tierna almita estaba impregnada de tristeza por la situación precaria en que se encontraba, pero tenía un nativo orgullo y no soportaba la menor humillación.

Era tan preciosa que a pesar de sus pobres y descoloridos vestiditos, se destacaba siempre como una radiante estrellita al lado de cualquier compañera, por más rica y vistosamente ataviada que estuviese.

La prueba de su orgullo la tuve un día, en que la Directora la había designado para declamar en una fiesta de la escuela. Era admirable en este papel, con sólo su presencia, se conquistaba en un segundo al más exigente auditorio. La poesía elegida era la que se titula "Los niños", por el doctor Manuel Podestá. Como la fecha de la fiesta se acercaba, la llamé un día para que ensayáramos el verso, entonces ella, con su lindo rostro, encendido por repentino rubor, con la cabecita inclinada sobre el pecho y mordiendo con fuerza, casi hasta hacerse daño, uno de sus deditos rosados, se me acercó mimosamente y con la confianza que siempre le había inspirado, me dijo, tan bajito que apenas pude oírla: Yo no digo ese verso. —¿Por qué?, Anto-

nia, le pregunté sorprendida. —Porque habla de los niños pobres, — me respondió, — y se puso a llorar amargamente. Conmovida la tomé de la mano, la acaricié en silencio y le dije: Está bien, Antonia, no dirás ese verso, se lo pediré a la Directora.

¡Tenía razón! Esa poesía era para ella la revelación de su propia existencia, sobre todo ¡era tan fuerte aquella parte que dice:

Pienso en los niños que el turbión azota!

En los trémulos niños y desnudos

Que van descalzos, la camisa rota

Hoscos, hambrientos, lívidos y mudos.

¡Ah!, si el autor hubiese soñado siquiera a la bella intérprete que se resistía a recitar su poesía, estoy segura que jamás la hubiese escrito.

Desgraciadamente, Antonia hoy ya no es mi alumna, pero nunca la olvido, su recuerdo es para mí una visión tan divinamente bella como el despertar de una plácida mañana.

*Rasgo distintivo: Docilidad*

Niño cuya fisonomía en extremo simpática cautivaba al instante, más aún, cuanto que sabíamos que estaba privado de los halagos del amor materno. Había perdido a su madre, cuando sólo contaba cinco años y siendo hijo único, carecía de la compañía de hermanitos que le hubiesen hecho más llevaderas y alegres las horas de su sencilla existencia. Su padre, hombre al parecer prudente y bueno, había dedicado toda su atención y su cariño a su hijo, pero sacrificando los halagos del presente a la esperanza, quizá engañosa, de un mejor porvenir, había aceptado un puesto en un lugar solitario y apartado de todo centro de población. Era jefe de una de esas pequeñas estaciones, tristes y sin porvenir, casi olvidadas ¡allá! en los últimos rincones de la provincia de Buenos Aires, donde aun no se sueña siquiera con la grandiosidad de nuestra portentosa civilización. Allí, en el silencioso recinto de esas soledades, había visto la luz Albertito. Allí había crecido, triste,

solitario, débil, como regia plantita de invernáculo, transportada de improviso a las ardientes arenas del desierto. Así Albertito, si bien es cierto que le quedaba el apoyo fuerte y seguro del padre, sin embargo su almita de niño de natural poética y sensible, se había resentido profundamente por la falta del soplo dulcísimo del cariño maternal. Albertito se había enfermado, hasta que, acentuándose cada día más su malestar, había llegado a un estado de decaimiento tal, que llamó seriamente la atención del padre. Este, desesperado, quizá ante la sombría idea de perder a su hijo, decidió privarse del único consuelo que era para él la compañía del niño, y teniendo en esta capital una hermana, resolvió enviarlo, confiándolo por un tiempo a los cuidados de ésta, para que así **no le faltara** la asistencia médica, de que tanto necesitaba y de la que carecía en aquellas soledades donde vivía. Así fué como Albertito se halló aquí solo y abatido por la falta del calor paterno que tanto extrañaba, como el mismo en un arranque confidencial me contó una tarde en que encontrándolo más abatido que de costumbre, lo llamé a mi escritorio para acariciarlo y preguntarle



por qué estaba tan triste y si no se hallaba bien. El, animado sin duda por la ternura y el afecto que yo le demostraba, congenió conmigo y me hizo depositaria de sus infantiles pesares. Me dijo que aparte de estar enfermo, estaba triste porque no quería a la tía y extrañaba mucho a su papá. Más tarde supe que, en efecto, esta señora no era muy bondadosa con el niño. Viuda muy joven, no tenía inclinación ninguna a los niños, o mejor dicho, no los amaba, odiaba sus risas, sus juegos y hasta sus inocentes caricias, le disgustaba todo lo que en los niños adoramos, la exuberancia de vida y movimiento. Así es que Alberto, triste y enfermo se vió obligado a asistir a la escuela, porque decía la tía que era un niño insoportable, que no lo podía tener en casa, a pesar de que el padre lo había mandado para que lo hiciese curar por buenos médicos y no lo obligase a realizar ninguna tarea que requiriese demasiada atención y que privase al niño de su albedrío; pero ella, no lo hacía así, porque decía que esos eran mimos inútiles, que el chico estaba bien, que ella quería silencio y tranquilidad en su casa y no podía tenerlo todo el día a su lado.

En cambio, para Albertito parecía que era su mayor placer asistir a la escuela, y era, como si allí el niño reviviese de pronto, semejante a una delicada plantita que el sol del verano abate durante las horas más pesadas del día y que de pronto, al caer la tarde, fresca y apacible brisa, refrescara sus hojitas y las reanimara con su aliento. Parecía contento de iniciarse, en los horizontes desconocidos y por lo mismo siempre nuevos de la ciencia. Era en extremo dócil, con esa docilidad que da a los niños el malestar que los vence, y en su mirada tranquila, se reflejaba la inocencia y el amor. Un día en que me encontraba trabajando en mi escritorio y los niños no habían entrado a clase todavía, se acercó a mí Albertito, y con una timidez encantadora, pero al mismo tiempo con la confianza que mi cariño hacia él le inspiraba, me dijo: ¿Querría usted hacer un gran favor? —Con mucho gusto, — le contesté. —Ya sabes, Albertito, que estoy siempre dispuesta a ayudarte, y me alegro mucho que se haya presentado la ocasión de hacerlo. Dime lo que de mí necesitas. —Muchas gracias, me contestó emocionado y con las lágrimas próximas a brotar de sus grandes y como asombrados ojos,

luego prosiguió: como yo no sé escribir bien, y viene dentro de una semana el cumpleaños de papá, quiero pedirle que me haga copiar bien una cartita que usted me hará, y luego, como yo siempre acostumbraba declamarle un versito, quiero decirle uno también, aunque sea escrito. Con todo cariño le respondí que sí, que todo se lo haría con inmensa satisfacción y que bien pronto empezáramos la difícil tarea de hacerle escribir a él ¡una carta!... ¡Cuántas cosas significa una carta para un niño! Es el acto más portentoso que su tierna imaginación puede concebir y su pequeña mano realizar.

Así fué, que con gran alegría de mi discípulo y satisfacción mía, escribimos la carta, y luego, puesta en condiciones de ser enviada, la echamos nosotros mismos al correo, para que así a Albertito no le pareciera que ese acto solemne de enviar su primera carta fuese sólo una ilusión, y cuando la carta, rozando las paredes del buzón, cayó al fondo, produciendo un pequeño ruido al chocar con las demás, a Albertito se le escapó un suspiro de alivio, como si su almita blanca se hubiera librado de una sombra pesada que la oprimía. Entonces,



tomándole la mano, le dije: ya está, vámonos; Sí, ya está, me contestó, apretándome fuertemente la mano y dándome en ella, apresuradamente, un beso; saltó de alegría, yo le dejé un instante exteriorizar una felicidad que hasta entonces no le había conocido, y luego, arrastrándolo suavemente de junto al buzón, en cuya boca había fijado con insistencia sus ojitos y de donde me parecía a mí que él esperaba ahora ver surgir su cartita, quizá en forma de vaporosa nube, e ir elevándose ¡alto!... ¡alto!, hasta caer en las manos de su papito. ¡Qué ocurrencia la mía! ¿Verdad? Pero perdónenme. El pensamiento es a veces como barco abandonado que vaga sin rumbo en el inmenso mar de nuestra agitada vida y ¡cuántas veces ideas locas, sin forma y sin sentido se agolpan a nuestra mente en mágico tropel y somos capaces de escribir en un instante con la pluma incorpórea del pensamiento la novela de hada más inverosímil que pueda imaginar la fantasía humana! Así es que con estas ideas yo, y con su inmensa alegría Albertito, nos separamos del maravilloso buzón. El, rumbo a su casa, a la cual parecía no tener prisa de llegar, y yo a la mía, satisfecha por haber realizado una



vez más, en forma tan sencilla, el papel de hada benéfica para con los niños abandonados. Pasaron varios días sin que ocurriese novedad, hasta que un domingo a la mañana, aun no me había levantado, cuando me entregaron una carta cuya letra me era completamente desconocida, pero por el examen que hice del sobre, deduje su procedencia. Yo tengo esa costumbre; jamás abro precipitadamente una carta, no soy curiosa y no me apresuro a leerla, así es que al abrirla me convencí que era del padre de Albertito.

Decía así: Distinguida señorita. Con una satisfacción imposible de describir, he recibido por primera vez una linda y queridísima carta de mi hijito Alberto; sé que usted tuvo la bondad de hacérsela escribir, lo supe por la posdata que él escribió al pie de su cartita, sin que usted lo viese. ¡Ah!, esas peligrosas posdatas que nunca faltan en las cartas de los chicos, que nos hacen a veces sonreír, porque siempre se escriben apuradas y con frecuencia suelen salir más largas que la carta. Usted perdonará que me haya tomado la libertad de escribirle, pero mi hijito me ha dado su nombre y dirección, suplicándome que le escribiera, y

aunque así no hubiese sido, es para mí un deber sagrado el hacerlo. El cariño noble y desinteresado que usted, señorita, demuestra a mi hijito enfermo y solo, es un acto que muestra a las claras el temple de un alma grande, bella y generosa. Señorita, yo soy un hombre rústico para expresar a usted, en un lenguaje fino, como usted merece, los sentimientos de gratitud que inundaron mi alma a la lectura de esa genial cartita, que sin su apoyo no hubiese llegado hasta mí en los momentos más gratos y también más tristes de mi vida solitaria, porque en ese día, como en una cinta cinematográfica, desfilaron ante mí, escenas pasadas, donde eran protagonistas seres tan queridos para mí, como mi mujer y mi hijo. Sin su apoyo, no hubiese llegado hasta mi solitario retiro, algo del ser más querido que tengo sobre la tierra: ¡Mi Albertito!, hoy, por desgracia, lejos de mí. Hace tanto tiempo que la fatalidad me persigue, pero aún no había logrado herirme con la separación de mi hijito, que es para mí, mi mayor martirio, y lo hace hoy bajo la forma más cruel, cual es la de una seria enfermedad. Me priva de mi único talismán de dicha: mi Albertito. Señorita maestra, mi hermana, a cu-

yo cargo está mi hijito, es una mujer de carácter rudo, severa en extremo, incompatible con la niñez y sus divinos encantos, es por eso que jamás quise confiar al niño a sus cuidados, y sufro al pensar que el nene carece de las caricias que tanto necesita su almita bondadosa. Por eso hoy, que sé que mi hijito tiene un ser que le habla con cariño, que acaricia suavemente su febril cabecita, yo, pobre padre, no sé cómo exteriorizar mi gratitud. Perdóneme, señorita, si he distraído mucho tiempo su atención con estas líneas, tan mal escritas, porque como le dije, no soy instruido. En el rudo yunque del trabajo y en el aislamiento en que las necesidades de la vida me obligan a vivir, he perdido toda sociabilidad y me encuentro hoy avergonzado al querer expresar en forma elocuente el agradecimiento que debo a la generosa maestra de mi hijito. Perdone mi incultura, señorita, y acepte mis más sinceras expresiones de gratitud y reconocimiento. — Un modesto servidor, *Alberto*....

---

Leí la carta y quedé pensativa, las sencillas palabras de ese hombre, que decía ser ignorante, pero que en realidad no lo era, porque poseía la



instrucción del corazón, que es la más sólida y duradera y también la más sincera, por carecer de todo artificio, me habían conmovido profundamente. Jamás, hasta entonces, había tenido ocasión de sondear el cariño de un padre para con su hijo, y la solicitud y ternura que éste demostraba al suyo, sin madre, hablaban tan alto en su favor, que admiraba a aquel hombre que ni la libertad de que gozaba, ni los disgustos en la lucha por la vida, le impedían cumplir con el sagrado deber de ser un buen padre.

Los días en la escuela transcurrían para Albertito siempre iguales, trabajaba con empeño y parecía estar más alegre que de costumbre. De pronto, en un instante, se cambió todo completamente y Albertito no pudo volver más a la escuela.

Una tarde advertí que uno de los alumnos mayores del grado, y no de muy buena conducta, trabó íntima relación con el niño y parecía conversar muy amistosamente. Yo los observaba, pero no notando nada anormal, no intervine, hasta que un niño vino y me dijo: Señorita, ese niño grande quiere cambiar a Albertito un lápiz dorado por uno de pizarra, y como él no quiere, se lo ha



quitado; yo averigüé al niño mayor lo que pasaba y le pedí el lápiz en cuestión. Con gran sorpresa mía, puso éste en mis manos un hermosísimo lápiz de oro labrado y de mucho costo, pero bastante gastado por el tiempo y por el uso. Averigüe lo que sucedía; entonces Albertito me dijo: Ese lápiz es de mi tía, yo lo traje pero no lo quiero cambiar, porque ella se va a enojar, y señalándome al compañero citado, me dijo medio llorando: y él me lo quiere cambiar. Yo advertí al niño que había hecho mal en traer el lápiz sin permiso de la tía. Como es de suponerse, reprendí al niño mayor por faltar a lo que tantas veces les había prohibido: hacer cambios de ninguna especie en la escuela, y como en ese momento entrara al grado la Sra. Directora para hablarme, puse en conocimiento de ella lo ocurrido y le entregué el lápiz para que dispusiera en la forma que debía devolverlo. La Directora envió una carta con el portero a la tía de Albertito, diciéndole que pasara a buscar un lápiz que el niño había llevado. ¡No lo hubiese hecho!, pensaba yo. ¡Cómo se enojó esa mujer!; dijo que eso era el colmo, lo que había hecho el chico, que el lápiz costaba setenta pesos, que era un regalo que le había hecho el

esposo fallecido, que lo conservaba como una reliquia. Tanto habló esa señora, que la Directora y yo nos mirábamos sorprendidas sin saber qué decir; por último dijo que ella no soportaba ni un día más en su casa a chico tan travieso, que se admiraba de la paciencia que yo tenía para con él. Yo le dije: el nene, en la escuela, es muy bueno, y la Directora añadió: en realidad, no parece malo. ¡Ah!, exclamó ella fuera de sí: Ustedes no lo conocen; yo que tengo que pasar todo el día con él, sé lo que es, así es que les pido me entreguen ahora mismo la matrícula y los útiles, porque en esta semana lo mando de nuevo con su padre, y que él se arregle. Pero señora, le dijo la Directora, no haga eso, discúlpelo, el nene habrá encontrado el lápiz e ignorando su valor lo ha tomado y traído a la escuela. —¡No! ¡no!, exclamó ella, no puede ser; si yo lo tenía escondido en el ropero, y añadió: Miren, disculpen, pero por favor denme lo que les pido. Señora, le dijo la Directora, usted es dueña de hacer lo que más le conviene; yo me permití hacerle sólo una advertencia pensando que su disgusto hubiese sido pasajero; pero ya que me he equivocado, acá tiene

usted todo, añadió, sacando de entre el paquete de matrículas, la de Albertito, y dirigiéndose a mí me dijo: ¿Tiene la bondad de entregarle los útiles a la señora? A lo que contesté que el niño llevaría todo lo que le pertenecía. Sólo así se calmó esa señora. Agradeció a la Directora, y sobre todo a mí, el sacrificio que había hecho al soportar al niño, y se retiró, satisfecha, sin duda, de la resolución que había tomado y que nos parecía sólo un pretexto para librarse de la compañía del pobre chico.

Albertito recibió alarmado y triste la noticia de que no volvería más a la escuela; pero cuando supo que era para ir al lado de su papá, su fisonomía cambió, la más radiante felicidad invadió todo su inocente ser, y se diría que no sentía ya dejarnos. Se despidió cariñosamente de sus compañeros y de mí; me prometió no olvidarme y escribirme no bien llegase a su destino.

En efecto, Albertito, no olvidó su promesa; no había transcurrido un mes cuando recibí una pequeña y cariñosa cartita con su letra, que parecían moscardones, pero con sus palabras impregnadas de angelical cariño y de la más bella y sin-

cera gratitud. Decía que me extrañaba mucho, que él jamás olvidaría lo buena que fuí para con él, que mi afecto era lo único bueno que recordaba de Buenos Aires, donde él no había pasado ni un solo momento feliz fuera de la escuela.



*Rasgo distintivo: Distinción*

Luis, mi pequeño aristócrata, como yo lo llamaba y no sin razón porque toda su personita era un compendio de elegancia y distinción, y sus modales correctos revelaban gracia y gentileza.

Era rubio y poseía ese tipo de delicada belleza que un gran escritor ha designado poéticamente con el nombre de “claro de luna”. Su delicada hermosura unida a su carácter tímido y a la encantadora costumbre de sonrojarse por cualquier cosa, me lo hacían tan simpático e interesante que lo comparaba a una fina plantita de sensitiva. Casi todos los días me obsequiaba con un pequeñísimo ramo de flores. Un día al tomarlas le dije —¿Qué flores son éstas? —Violetas, me contestó tímidamente. —¡Qué precioso ramo!, exclamé; pero ¿sabes, le dije, que quedaría mejor si en lugar de poner alrededor del ramo, hojas de la misma planta de violeta, le pusieras de sensitiva? El se sonrojó y sonriendo fué a ocupar su banco.

Luis fué un alumno ejemplar, era todo un caba-

llerito por la perfecta corrección que observaba en todos sus actos, durante las horas de estudio, como en las de juego. Era siempre un modelo digno de imitar por sus compañeros, respetuoso y cortés para con todos, jamás se disgustaba con nadie y ningún compañero se permitía molestarlo con bromas ni faltarle en nada, por el contrario, lo querían, lo respetaban y buscaban ansiosos su amable compañía, tan grata por la estética de su gentil personita como benéfica por las cualidades morales que lo adornan

*Rasgo especial: Egoísmo*

Era una bonita nena, de perfiles delicados y de grandes ojos de un azul divino. Muy viva pero tenía un gran defecto era en extremo egoísta con todos y parecía como si buscara expromer la oportunidad de destacar este defecto, el más despreciable tal vez, el que convierte a los niños, a estas preciosas joyas de la Naturaleza, en seres antipáticos, excéntricos, sin amor, sin paz y sin amigos. Tenía esta nena la costumbre de llevar a la clase chucherías sin valor, pero que en el ánimo infantil despiertan siempre codicia. ¿Cuántas veces hemos visto a un niño cambiar un objeto de valor, cuyo exterior no le llamaba la atención, por una figurita de lata, un negrito de celuloide, un payaso que hace pruebas o por cualquier otro mamarrachito por el estilo?

A mi misma me sucedió cuando aún era muy niña, cambiar un magnífico prendedor de oro, todo incrustado de turquezas valiosísimas, era una joya antigua, recuerdo de familia que mi madre

conservaba con sin igual cariño, según lo supe después y el que yo, ignorante pequeñuela, dí por una caja de útiles de veinte centavos pintada de rojo y que tenía dibujada en la tapa unos gatos escribiendo en un pizarrón. Cuando se notó la desaparición de la joya se armó Troya en casa, se buscó por todas partes el prendedor sin resultado. Temiendo una catástrofe, no tuve más remedio que confesar mi falta e indicar la chica que lo tenía y devolver con gran sentimiento la caja porque ya me había familiarizado con los gatitos pintados, a pesar de deberles varias represensiones de la maestra por distraerme con ellos en las horas de estudio.

A la nena, mi alumna egoísta no le daba por cambiar. ¡Faltaba más!, eso hubiera sido complacer a sus compañeras. Al contrario sacaba sus preciosos tesoros que para ella lo eran, porque con ellos gozaba y parecían completar su ambición infantil. Los sacaba, con dimisulo y los ponía sobre el banco, los acariciaba y parecía reconcentrar en ellos toda su atención, pero en realidad no era así, sino que por el contrario, miraba continuamente de soslayo a derecha e izquierda para saber si alguna de sus



compañeras se había fijado en sus juguetes.

Al contemplarla así me la imaginaba una pequeña actriz desempeñando admirablemente el papel de egoísta. Si no conseguía atraer la atención de ninguna chica en seguida; las llamaba por lo bajo y se los enseñaba y con el más absoluto despotismo, notándose en su carita el reflejo de un maligno deseo satisfecho al convencerse de que todos los ojitos ansiosos de sus compañeras estaban fijos en sus juguetes, complacida entonces les dirigía una mirada de triunfo a las compañeritas y poniéndose roja de cólera hacía desaparecer como por arte de encantamiento los juguetes origen de codicia, luego les dirigía de nuevo una rápida mirada, les mostraba su lengüita rosada y acomodándose con precipitación en el banco fijaba en mí su mirada y se ponía en posición de atender mis explicaciones con una seriedad desconcertante y como si nada hubiese sucedido.

Decidme mis lectores, si no era esta nena la imagen misma del egoísmo. Sin embargo, como era mi alumna yo le encontraba muchas otras cualidades que me la hacían muy querida.

*Rasgo distintivo: Carácter retraído*

Extraño chico era el rusito, como le denominaban sus compañeros, por ser sus padres de nacionalidad rusa. De figura nada favorecida por la naturaleza, con sus cabellos rojizos, su cara también de un rojo subido y su nariz, que parecía un pequeño apéndice triangular elevándose hacia arriba, formaba en un todo un contraste nada atrayente. Unido a su físico su carácter taimado y sombrío, hacían de él un muchacho realmente extraño. Yo que siempre tuve la suerte de despertar en mis alumnos, confianza y simpatía, confieso que con este chico casi sufrí un fracaso. Era una almita inaccesible; sus respuestas cuando se le interrogaba eran secas y bruscas generalmente contestada con un frío y concluyente sí, o no, y de allí imposible sacarle ninguna expresión más cortés o familiar.

Reconozco que poseía una clara inteligencia; jamás tuve que reprenderle por falta de atención, porque él permanecía como estático, pendiente

de mis palabras y con la mirada fija en mi cara, por lo que muchas veces me pregunté si ese chico no llegaría a magnetizarme al final de la clase. Sin embargo, no estaba tan distraído porque cuando lo interrogaba se paraba como movido por un resorte y siempre sus respuestas eran claras, precisas y correctas. Cuando se ordenaba un trabajo escrito era el primero en terminarlo; sobre todo en Aritmética, tenía una facilidad asombrosa no había en el grado ningún alumno que lo aventajase ni jamás nadie daba la respuesta primero que él, en la solución de las cuentas, de los cálculos y de los problemas que se hacían en clase, y pobre del compañero que le discutiese la exactitud de la respuesta; le dirigía una mirada fulminante de sus ojillos grises y luego con la cabeza lo amenazaba como diciendo espérate ¡Ya verás!; en efecto, mi fallo no se hacía esperar mucho y al emitirlo era siempre favorable a Antonio, pero ya entonces era tarde, las rivalidades habían cavado hondo, los rencores eran violentos y las amenazas de un pronto arreglo callejero se habían cambiado por lo bajo, rápida y sigilosamente. En efecto, más de una vez al salir los alumnos de la escuela iba



el portero a comunicarme que a distancia respetable de ésta, algunos alumnos de mi grado se estaban peleando. Salí una vez apresuradamente y alcancé a percibir ya lejanas un coro de voces infantiles que decían: ¡ruso!... ¡ruso!, y por única respuesta se veía caer con muy mala puntería una lluvia de pequeñas piedras sobre los chicos que insultaban al rusito, como ellos lo llamaban; acercándonos más al lugar del suceso hubiésemos podido ver a éste extremadamente rojo con la expresión de la cólera más reconcentrada, adoptando posiciones felinas y pronunciando entre dientes palabras sólo por él comprendidas. Esa vez fué la última, al otro día supieron que yo los había visto y todos los **combatientes confesaron su falta**, con la cabeza baja; sólo Antonio me miró a la cara, y con una expresión y un calor hasta entonces en él desconocidas, me dijo: No fuí yo, y señalando al grupo de los culpables que permanecían de pie, exclamó, más enérgicamente aún: ¡No!... ¡no, fuí yo!, **fueron ellos que me insultaron y se burlaron de mí.**

Luego levantando lentamente el brazo derecho a la altura de la cara, ocultóla en él y se puso a sollozar amargamente; recién entonces compren-



dí que ese chico no era del todo un ser extraño y que bajo las formas desagradables de su persona a pesar de la impacibilidad de su semblante y de su mirada acerada y fría, abrigaba un alma bella y sentimental capaz de gozar y de sufrir al influjo de las sensaciones de dolor o de placer.

*Rasgo especial: Travesura*

En presencia de este chico creeréis que bajo las formas seductoras de una criatura llena de gracias y de belleza tenéis ante vuestra vista a un pequeño genio del mal, a un Luzbel con todo su séquito de ardides y de peregrinas locuras.

Esta criatura ha sido objeto de un especial estudio y atención de mi parte para que una vez encontrado el lado débil, como se dice, poder corregirlo. Tanto hice que al fin lo hallé. Eran dos procedimientos a seguir, el primero, tratar al chico de la mejor manera posible, siguiendo para con él el método de la persuasión y de la bondad, sistema que con los espíritus realmente malignos sólo sirve para fatigarlos sin provecho, entonces el resultado es contraproducente, acaban por juzgarnos tontas a las maestras por ser demasiado buenas, porque ellos no entienden de delicadezas y confunden la bondad y la paciencia con la falta de espíritu. En Alberto, cuyos sentimientos no estaban pervertidos, el sistema dió excelentes resultados. El segundo

medio para corregir a mi discípulo era poner en conocimiento de sus padres la mala conducta que observaba, porque descubrí con alegría y con una sensación de inmenso alivio, que los padres de Alberto eran personas educadas, de una rectitud de criterio a toda prueba, sabían apreciar el esfuerzo de un maestro y la difícil tarea de educar e instruir a sus hijos no perdonaban al niño la más insignificante falta, si éste era travieso lo era por naturaleza y no por debilidad de carácter de sus padres. Lo más curioso era que éstos se declaraban hasta cierto punto impotentes para corregirlo, asegurando que sólo un milagro de esos estupendos, que se operaban en el tiempo de Jesucristo, podrían cambiarlo y me suplicaron que hiciera para ver si por lo menos algo semejante sucedía. Por su parte me prometieron castigarlo, encerrarlo sin comer, sin jugar y sin... ¡Qué se yo que más cosas! Eran tantas las amenazas, que temblé ante la suerte de mi terrible discípulo, acabando por interceder en su favor, suplicando a los padres no llevarán a la práctica sus amenazas, hasta les dije que el chico se portaba mejor, que si reincidía ya les comunicaría para que lo reprendiesen. Desde

ese día me propuse echar únicamente sobre mí toda la tarea de corregirlo.

Sabiendo Alberto el derecho que sobre su persona me habían dado sus padres, era suficiente decirle cuando se conducía mal: "Terminada las clases espérame, tengo que darte una cartita para tu papá". Esta amenaza que no pasaba nunca más allá y la dulzura con que lo trataba cuando era bueno, terminaron sino por corregirlo a lo menos por modigerar sus tendencias de insuperable pillete.

Hubieron unos días en el penúltimo mes del año escolar en que nuevamente se me descarriló, por decirlo así; dibujó monigotes en las pizarras en lugar de atender mis explicaciones; les tiraba las orejas a sus compañeros, diciendo que era para colocarles la bocina del teléfono, porque tenía apuro de hablarles, les ponía el pie a los compañeros que pasaban por el lado de su banco y los hacía tropezar, en los recreos era una fatalidad para las maestras que cuidaban los patios, en fin, hizo de nuevo las mil y una travesura.

Yo en silencio, pero con severa mirada lo observaba y cuando ya no era posible callar, lo recon-



venía con suavidad a la vez que con inquebrantable firmeza.

Llegó por fin el último día del mes y debía clasificar las libretas de conductas. Se habían retirado ya todos los alumnos a sus casas, y yo estaba todavía en el aula arreglando mis cuadernos, cuando entró Alberto con la cabeza baja y aproximándose tímidamente a mí, me dijo: "Por favor, quiere ponerme en la libreta conducta buena porque si no llevo así, papá me va a pegar y por una semana me va a mandar temprano a la cama".

—¿Cómo?, le dije. ¿Tú te has portado mal que temes merecer una mala clasificación. —Sí, me respondió tapándose la cara con el brazo, y agregó: Por favor, hágalo y me voy a portar siempre bien. Diga, ¿me lo hace? Sí, ¿verdad?...

—Por esta vez voy a hacer lo que me pides, le respondí, pero conste, Alberto, que si olvidas y no cumples tu promesa seré inflexible en adelante. El me lo agradeció con extremadas muestras de cariño y sinceridad, luego salimos juntos de la escuela como dos buenos amigos.

Incapaz de defraudar las esperanzas de una criatura, cumplí mi promesa y él al día siguiente al

abrir su libreta leyó en ella con la radiante alegría del niño, cuyos deseos se ven satisfechos:

*Conducta Buena.*

Por su parte él también cumplió su promesa y hasta fin de año fué uno de mis mejores alumnos.

*Rasgo distintivo: Precocidad*

Era este un muchacho de fisonomía más bien fea, de aspecto vulgar, de movimientos rápidos y bruscos, toda su persona era repulsiva y antipática en toda la extensión de la palabra. Tal es así, que cuando se presentó a la escuela para matricularse nos preguntábamos entre las maestras, ¿A quién le tocaría semejante chico? Pronto se supo, era para mí, traía su diploma de 1.º Superior, correspondíale el 2.º Inferior que estaba a mi cargo, ese año. “Empiezo con “yeta” el año, pensé; tengo que vérmelas mal con semejante chico”. Lo adiviné, porque todos sus malos instintos y costumbres se reflejaban en su cara. Carecía en absoluto de todos los encantos de la ingenuidad y de la inocencia, que tan bellos y divinos hacen a los niños. Este era un chico con cara de hombre experimentado: al mirarlo chocaba a la vista en seguida ese algo de relajamiento moral que se retrataba en su semblante y si hubiésemos examinado detenidamente a este niño de mirar impertinente; con sus

lacias greñas, constantemente azotándole la frente, su cara llena de pecas, habríamos adivinado en su persona, en sus actos y palabras, el deseo ardiente de ser hombre y si nos hubiese dado leer su pensamiento nos habríamos sorprendido más de una vez al descubrir en él aspiraciones impropias de su edad, parecía que circulara en este muchacho, niño por la edad y hombre por sus inclinaciones, la sangre ardiente de los países tropicales y me lo imaginaba una temprana florecita, azotada por los cálidos soles del estío.

Mi primer trabajo fué el de corregir su estilo compadrito, sobre todo en el vestir. Siendo sus padres muy pobres no podían dar a su hijo el lujo de cambiar de indumentaria durante el año y sólo le conocí dos trajes, uno en Verano y otro en Invierno, bastante usados y del mismo corte y hechura, de burdo paño color verde obscuro el uno, y té con leche claro el otro. Los sacos eran largos, bien ajustados al cuerpo con un corte atrás, que le llegaba hasta la cintura, pantalón muy holgado que le cubría hasta un poco más abajo de la rodilla, medias blancas, muy gruesas, de esas que las mujeres italianas saben tejer tan bien y



que ya por no perder la costumbre o por no conocer bien nuestro clima tejen esos pesados abrigos, con afán inusitado y constancia prodigiosa, se preparan así para resistir las inclemencias de nuestro hermoso clima, templado, sano y benigno.

Fáltame para completar de daros una idea del vestuario de este original muchacho y es que jamás dejaba de llevar debajo del saco y cubriéndole totalmente la camisa un echarpe del mismo punto de las medias que seguramente en sus tiempos primitivos fué blanco pero que entonces era de color indefinido, entre el blanco y amarillo, pero más tiraba a color tierra.

Lo primera que hice fué, como dije, procurar se vistiera más decentemente y le regalé por de pronto un guardapolvo de brin color crudo, por parecerme ese color el más a propósito para resistir el trato de su inculto dueño. Cuando se lo entregué me dijo —¿Esto es para mí? —Sí, para ti, le contesté, y muy contento prometió usarlo. En efecto, así sucedió. Al otro día se presentó con su guardapolvo, con lo que cambió mucho el aspecto de su persona. Muy satisfecha, lo recibí sonriente y palmeándole el hombro le dije: eres otro chico,

ahora sólo te falta una corbata, te la voy a traer también. Asombrado me miró y me dijo: ¡Eh! ¿Para qué? yo sólo me pongo corbata para ir a Buenos Aires, (es decir, al centro) porque por lo visto para él Villa del Parque le parecía quizá una provincia andina, yo le hice comprender de que Villa del Parque era también Buenos Aires y que pertenecía a la Capital; luego le dije que una persona debe presentarse siempre correctamente, donde quiera que vaya, que así se respetaba a sí misma, que era la propia dignidad de su persona la que le obligaba a uno a ser limpio y prolijo, que el aseo era parte de la salud, que el orden y la estética de nuestra persona era lo que contribuía mucho a atraernos la consideración y la simpatía de los demás. Ignoro si él me entendió todo lo que le dije pero lo que sí, puedo asegurar que durante el tiempo que estuvo conmigo llevó siempre el guardapolvo y las corbatas que yo le había regalado.

En cuanto a su manera de hablar. ¡Había que oírlo!, tenía cada salida que hacía reír a cualquiera, su lenguaje era de lo más vulgar y ordinario. En una ocasión, por ejemplo, había encargado a los

niños que llevasen mariposas para dar una clase; él me dijo que no las había traído porque no tuvo tiempo de “cacharlas” porque tuvo que vender diarios. Era este el trabajo a que dedicaba las mañanas, y por eso decía algunas veces que había **ganado** pocas “meneguinas” o poca “guita”, otras veces contaba que se había peleado en la calle y que le había dado tantas “cachetadas” a un chico hasta hacerle saltar la “chicha de la napia”. En fin, tantas otras expresiones que en nombre de **nuestro** rico y hermoso idioma es mejor callar.

Su inteligencia y entendimiento corrían parejos y no comprendiendo el significado de las palabras las cambiaba, para él era lo mismo, así una vez en clase de Ciencias Naturales, hablando de las palomas, les dije que eran las mensajeras las más admirables y útiles, que se ensayaron en la guerra sus servicios con gran resultado, etc., etc. Entonces él se puso de pie y me preguntó: —¿Y aquí hay palomas pasajeras? Los demás chicos al oírlo se echaron a reír, él no sabiendo a que se debían esas risas, preguntó muy intrigado: ¿Qué hay? Le hice ver entonces que lo que había hecho reír a sus compañeros era porque



él habéa dicho palomas pasajeras, pero él haciendo un gesto despreciativo con la boca y secudiendo ligeramente los hombros exclamó: ¡Y va, qué hay con eso, es lo mismo!

Otra vez, en que había llevado una gorra nueva, de terciopelo verde. Algún regalo, seguramente, porque no le era de medida; al ir la monitora a tomársela para llevarla a la percha, no se la quizo dar, dijo que la iba a guardar en el banco porque era de cierto pelo y se la podían robar. La chica se echó a reír. De terciopelo, querrás decir. —¡Va! que sé yo, es lo mismo, le confestó, riendo también.

No teniendo inteligencia ni entendimiento, ni aspiraciones elevadas, este chico no amaba el estudio, era indolente y perezoso; si asistía a la escuela era sólo por obligación, a la fuerza, porque los padres le exigían. Decía que sólo los días de lluvia le gustaba ir a la escuela, porque, como iban pocos chicos se trabajaba menos, así él no tenía que pensar tanto. Yo le reprochaba su poco amor al estudio, haciéndole ver que el saber es siempre necesario, que toda persona debe poseer un poco de instrucción para ser útil a sí mismo y a los demás y no ser engañado ni considerado como un ser in-



ferior. Le prometí contarle muchos casos de los disgustos y vergüenzas que habían tenido que pasar las personas ignorantes, por no saber leer ni escribir, me dijo entonces que él ya sabía leer y escribir; tanto, que les enseñaba a sus padres por la noche, y que cómo era eso, que ellos que no sabían nada, vivían igual, nadie los engañaba y ganaban dinero, y agredió: como yo no voy a ser maistro ni doctor, me parece que tengo ya bastante. Si no aprendes algo más de los que sabes, le decía yo muy seria, ni basurero podrás ser; él se reía. Supe que a sus compañeros les dijo que cuando sea más hombre iba a estudiar para socialista, porque esas eran sus ideas y le gustaba esa carrera. Porque según él, ser socialista era una carrera.

Un lunes a la mañana, se me presentó desesperada la madre, diciéndome que desde el sábado por la noche, José no había vuelto a la casa y que todas las diligencias para encontrarlo habían sido sin resultado. Consolé a la pobre y buena mujer, prometiéndole ayudarla y hacer todo lo posible de mi parte para que el chico fuera restituído a su hogar. El padre lo había reprendido, entonces él se escapó a la

calle y no volvió más; indignado éste con el proceder del chico, no quería buscarlo y dijo que no daría ni un solo paso para encontrarlo; a pesar de los ruegos de la madre, no dió aviso a la policía, diciendo que el chico no valía la pena para molestar a nadie.

Había transecurrido un mes sin que se hubiese tenido noticias de su paradero, cuando una tarde llegó todo agitado a mi casa un alumno del sexto grado, habló conmigo y me dijo que había encontrado a José en Avenida de Mayo, vendiendo diarios, muy delgado y mal vestido y que habiéndolo reconocido e interrogado le preguntó qué hacía allí, que por qué no volvía a casa de sus padres, que su madre estaba desesperada por su ausencia. La extraño mucho, le contestó, pero no volveré, porque si he dado este paso es para hacerme hombre. ¿Cómo vives?, le preguntó el muchacho. Es muy sencillo, le dijo. Me he presentado a un señor diputado socialista, que tanto admiro, y le he dicho que soy huérfano, que no tengo a nadie en el mundo que, como yo, cuando sea grande, seré socialista, venía a verlo a él para que me ayudara. Le caí en gracia y quiso llevarme a su casa, pero no acep-

té, porque le dije que quería hacerme hombre a fuerza de golpes y a afuerza de mis propios esfuerzos. El entonces, sonriendo, exclamó: ¡Bravo! muchacho, eres un valiente, así me gusta y tendiéndome un billete de cinco pesos, me dijo: seré tu amigo, siempre que se te concluyan ven a verme. Así lo hice por varias ocasiones, de modo que ya ves, no preciso volver a mi casa, si ves a mis padres, diles que les mando recuerdos, que no pasen cuidado por mí y diciendo esto y cuando el compañero quiso retenerlo y dar aviso a un agente, él salió corriendo, anunciando a grandes voces los nombres de los diarios y revistas que vendía, luego perdióse completamente entre la enorme muchedumbre de la gran arteria.

Inmediatamente, me fuí con el mismo chico a casa de los padres; la madre recibió inundada de alegría la noticia, y entre todos convencimos al padre de que debía buscar al hijo pródigo. Conociendo su oficio, fué fácil averiguar su paradero. Así fué, como al caer de una bella tarde de Septiembre el padre llevó de nuevo al hogar a ese chico mezcla de hombre y de niño y aplicándole un severo correctivo lo escarmentó y quitó todo deseo de bajar tan de prisa la peligrosa pendiente de la vida.

*Rasgos distintivo: Ingenuidad*

Por la ingenuidad de su carácter, por la sencillez de sus aspiraciones se destacaba este chico en medio de sus compañeros, como hermosas piedras en un collar de joyería. Era un ejemplo de pureza, de sinceridad y de elevación de alma. Cualidades todas que siempre despertaron mi admiración por lo raras. Raúl será siempre uno de esos seres que pasan por la vida como ráfaga de aire purísimo por la negra superficie de un pantano.

¡Cuántas veces este chico nos ha hecho reír y gozar con sus ingenuas salidas y con sus candorosas ocurrencias! Por ejemplo, en una clase de Aritmética, después de haber enunciado yo muchos problemitas fáciles, prácticos y sencillos propuse a los alumnos que cada uno pensara uno por el estilo. Raúl fué el primero en levantar la mano. Muy bien le dije, así me gusta que hayas pensado tan pronto, y él, muy tranquilo, expuso el siguiente:

“Deme veinte centavos de yerba y el vuelto”.



No es de contar la gracia que hizo la ocurrencia y como los chicos no terminaban de reirse, miró a todos asombrado y exclamó: ¡Cómo! ¿Está mal?, si yo digo así cuando voy al almacén. Les gustó tanto a todos el problema que le pidieron que dijera otro, a lo que accedió inmediatamente, y dijo: "medio kilo de azúcar y la yapa". Nueva risa de la clase lo hizo ponerse rojo de vergüenza y confundido se apresuró a tomar asiento a pesar de los ruegos insistentes de los chicos para que exponga otro problema. Ellos no querían perder la ocasión de divertirse. Yo animé a Raúl, diciéndole que sus problemitas no estaban del todo mal, que sólo le faltaban algunos datos y la pregunta para que pudieran ser problemas. Es claro yo había exigido algo muy práctico. ¡Qué más práctico que lo de pedir la yapa! ¿Qué chico olvida pedirla al hacer sus compras aunque éstas no importen más que cinco centavos. En cuanto al vuelto, ¿no habéis observado alguna vez a esos niños pequeños a los que los padres, ya por pereza imperdonable o por necesidad, los inician desde muy temprano en las austeras preocupaciones de la vida diaria.

¿No los habéis visto nunca cuando temerosos y desconfiados se aproximan al mostrador de un almacén o de una tienda para hacer, por ejemplo, una compra que sólo importa cincuenta centavos y llevan bien apretados en la mano cinco pesos? ¡Cómo temen perderlos o que se los quiten! ¿No habéis visto con cuánta inquietud lo llevan encima, en lo más profundo de un pequeño bolsillo o bien oprimido en la mano como si llevaran un pequeñísimo pájaro que puede escurrírseles en cualquier momento? ¡Y por qué tanto temor? ¡Ah!, es que la madre al depositar en la pequeña mano de su hijo el billete lo ha atemorizado ya con mil recomendaciones y peor todavía... Yo misma lo he oído decir: "Te mato si lo pierdes". Es por eso, que el niño o la pequeña niña con ese capital enorme para ellos, salen a hacer sus compras y van asustados y temblorosos ante la idea de perder el dinero. Por eso al pedir lo encargado y entregar el dinero, gritan también "y el vuelto", temerosos de que el almacenero se quede con todo.

A esta clase de infortunados chicos pertenecía Raúl, pero su almita privilegiada y profundamente buena se reflejaba en su rostro bajo la forma

serena de la resignación por lo que se deducía que era feliz en su inocencia.

*Rasgo distintivo: Coquetería*

Al hablar con esta chica desaparecía como por encanto la simpatía que nos había inspirado su gentil figurita. Tenía como vulgarmente se dice el aire de una colegiala emancipada, lo que no puede sentar jamás bien a una niña de pocos años. Sumamente preguntona, conversadora e indiscreta, lo era hasta la exageración. En extremo maliciosa, buscaba siempre el doble sentido de las palabras, tratando de encontrar un fondo picarezo hasta en lo que no había sino ingenuidad e inocencia. El estudio de sus lecciones, la contracción a sus deberes eran para ella cuestión secundaria. Lo único que estudiaba con afán era la música, tocaba el piano con admirable gracia y siempre piezas de última moda. Estoy segura que si estudiaba el piano Elsa, era porque sabía que tocar el piano es un adorno para una señorita de sociedad, así tiene más oportunidad de lucir con exquisita coquetería sus dotes de gracia y de belleza.

Inteligente no aprovechaba esta preciosa facul-



tad sino para adquirir conocimientos superfluos, excepto el de la música.

Gran observadora de lo que a ella no debería preocuparla, todo lo indagaba, todo lo sabía o lo deseaba saber para comentarlo. Era gran admiradora de la belleza física, hacía constantemente paralelos entre ésta compañera a aquélla otra, diciendo: ¡Qué fea es ésta! No me gusta. O bien exclamaba: ¡Qué linda chica es aquella! ¡Cómo me gusta! Era amiga de fijarse en todo y de averiguar el cómo y el por qué de cosas vanas. Yo no perdía ocasión de aconsejarla y de ponerle ejemplos haciéndole comprender lo poco que valían las niñas frívolas. Le conté la fábula de la dalia y de la rosa, y para hacerle ver lo feo que era ser ignorante a pesar de ser bella. Las críticas que se atraía quien se dedicaba más a cultivar su físico que su inteligencia. Le leí un versito que encontré en el libro "Las Pasionarias", de Flores:

Todo cuanto Natura en esta tierra  
Ha prodigado a la belleza humana,  
En Juanita no hay duda que se encierra.  
Mas ¡ay! que esa beldad tan soberana  
Queriendo escribir guerra pone gerra,

Y firma al pie de sus cartitas: Guana.

Se rió en grande y me preguntó:

—¿Lo tiene en un libro a ese verso?

—Sí, le contesté.

—Préstemelo, ¿quiere?, me dijo. Pero no accedí a su pedido porque tengo por costumbre el proporcionar a mis alumnas sólo libros instructivos o lecturas con fines altamente morales, por eso rehusé prestarle el libro del gran poeta, que si bien es bello, tiene un romanticismo muy marcado y no juzgo conveniente perturbar con poesías románticas la mente infantil de por sí tan soñadora y mucho menos la de aquellas de temperamento e imaginación tan precoz, como Elsa.

Más de una vez me ví en la necesidad de revisar su valija, porque sabía que llevaba novelas que leía por la calle al ir y al volver de la escuela; llevaba también invariablemente en ella un espejito.

En suma, era esta chiquilina; una "Petit made-moiselle" de gentil figura pero frívola y coqueta.

*Rasgo distintivo: Voluntarioso*

Hijo único, era el ídolo de sus padres, a fuerza de mimos habían hecho de él un pequeño Dios para ellos y un tirano para los demás, para la sociedad, para ellos mismos más tarde.

Especialmente el padre lo mimaba hasta la exageración, con idolatría. Estaba cegado de tal manera en el amor a su hijo que no veía sus defectos y fomentaba de ese modo los vicios del pequeño tirano, satisfaciendo al instante todos sus caprichos y raras ocurrencias. Hizo del chico, por lo mimado y voluntarioso un ser antipático para cuantos lo trataban, porque nadie que no fueran sus padres podían soportar los arranques impetuosos de aquel pequeño soberano que tan bien sabía imponerse.

Como yo acostumbro conocer a los padres de mis alumnos, tenía relación con la madre de este chico, cambié algunas visitas de pura cortesía con esta señora, porque debo advertir que al hacer mi primera visita a la casa, no me quedaron deseos

de volver a causa de la presencia del chico fatal. Demás está decir que él ocupó el primer asiento en medio de las dos, abandonándolo tan sólo de vez en cuando para dar tumbos carnero en el suelo o tirar de la cola a un precioso gato negro, que medio dormido descansaba tranquilo en la alfombra; destrozar el ramo de flores que adornaba el centro de mesa o bien para tirar del cabello a su pobre sirvientita Celia, a quien hizo ir a la sala deciendo que la llamaban para luego descostillarse de risa ante el aturdimiento de la chica, que ignorando sin duda la presencia de visitas en la casa, acudió presurosa en el más completo y desagradable desaliño.

Por último y para no dejar títeres sin cabeza, como vulgarmente se dice, abrió el piano, que adornaba un ángulo del salón, se paró en el taburete y la arremetió a porrazos con el indefenso mueble.

Disimular los verdaderos sentimientos es un arte difícil pero necesario en sociedad y es por eso que yo trataba de mostrarme lo menos molesta posible, pero pensaba para mis adentros: ¡Si este chico fuera algo mío, ya veríamos si le inculcaría educación y respeto! En cambio la buena madre,



por desgracia demasiado débil de carácter, se dejaba mandar por él, pareciéndole una gracia, pretextando de que lo habían acostumbrado así desde chico y que ya no se lo podía corregir porque sufriría. Además, ¡era tan inteligente! La madre parecía querer eludir así la responsabilidad que pesaba sobre su conciencia al haber educado tan mal a su hijo. Decía que el padre tenía la culpa de que el chico fuese así, que desde muy pequeño lo había dejado hacer en todo su voluntad, no contrariándolo en lo más mínimo y añadió, le voy a contar un caso que prueba hasta dónde llega la debilidad del padre para con su hijo:

Una noche me hallaba en el comedor con el nene en brazos esperando el regreso del padre, por fin llegó y después de besar al nene puso en mis manos un paquete, diciéndose: Frágil; y luego se dirigió a su habitación.

Impaciente y curiosa como una chica, abro el paquete y me encuentro con media docena de finísimas copas. El nene al verlas quiso tomar una en seguida, pero se lo impedí y envolviéndolas presurosa las puse fuera de su alcance. El chico empezó entonces a gritar y a patalear de

tal manera que me vi forzada a darle una de las copas para que se callase. Inmediatamente sonrió satisfecho y en un descuido y sin que yo pudiera impedírselo, arrojó lejos la copa, la que fué a estrellarse en la pared con tal estrépito que por un instante dejó suspenso al chico, pero pasado el susto y como si hubiese comprendido que pasó también el peligro, volvió su carita hacia a mí y haciendo un puchero como para llorar, me dijo: "Quelo ota, mamita". Yo asustada le dije: ¡no!, y me dispuse a llevarlo a la cama, pero en ese instante entró el padre, ya enterado de lo ocurrido y viendo al nene encolerizado de una manera infernal, me dijo: Dáselas. Yo entre incrédula y asombrada, obedecí y le di otro copa, el muy pícaro sonrió en seguida y tomando la copa, la tiró como la anterior, repitiendo de nuevo: "Quelo ota", y así se las di todas, porque el padre sonriendo ante la extraña ocurrencia del pibe, me dijo: No te aflijas, tonta, mañana tendrás otras iguales. Cuando el nene vió que no había más copas quedó tranquilo y satisfecho. Al otro día el padre trajo de nuevo las copas que yo tuve buen cuidado de esconder.

—Como éstas, añadió la señora, muchas otras hazañas le permitió realizar el padre, complaciéndose en verlo feliz. Ahora de grande es demasiado travieso, sería trabajo imposible recordar todas las travesuras y con ellas la vergüenza que me hace pasar. Le voy a referir una que jamás olvido, y es la que hizo con los retratos que conservo y estimo:

Un día quise mostrar los retratos de mi familia a una señora amiga mía, pero no pude porque me encontré con que a todos, incluso el de ella, les había agujereado los ojos y pintado bigotes.

Al terminar la señora su relato, cruzaba por mi mente la idea de que ambos eran culpables, tanto el padre como la madre, y más culpa tiene la mujer en este caso. Porque es junto a la madre y en el hogar donde el niño recibe las primeras impresiones de la vida y es entonces cuando ella tiene ocasión de inculcar en el alma de su hijo los fundamentales principios de una sólida moral y de ella depende que surja a la escuela y luego a la sociedad un hombre de moral relajada o de nobles y sanos principios. Desgraciado del niño que con sus caprichos, doblegó la voluntad de sus padres y allí un ejemplo, Dardo educado en un ambien-



te que no estaba reforzado por la disciplina y la rectitud, aparece en la escuela como un peligro para sus compañeros y maestros. Porque a decir verdad, dió mucho trabajo en la escuela, en general. Se quejaba de cualquier pequeñez y muchas veces concurrieron a ella los padres para formular quejas contra las maestras y siempre daban la razón al niño. Sólo conmigo no había pasado nada aun. Conocía el ambiente y sabía vencerlo; sin embargo, esperaba por momentos que el carácter terco del chico chocase con el mío, firme e inquebrantable, y así sucedió. ¡Era inevitable! El chico tenía pésima letra, por lo que yo me ocupaba especialmente en corregírsela. Un día que había escrito su nombre así Dardo M. Le corregí la eme poniéndosela así m (pero en mayúscula).

Al día siguiente, con el cuaderno en la mano se acerca a mí y con un tono que no carecía de arrogancia, me dijo: Yo hice la eme como siempre. Así me dijo papá que la hiciera. Nada le contesté y aparentando no haber oído le ordené sentarse. Cuando llegó el momento de pasar revista a los deberes y me tocó hacerlo con los de él, le corregí de nuevo la eme y marcando bien, con el lápiz ro-



jo, le puse "Visto Mal".

No sé lo que sucedió en su casa. Quizá el padre no quiso dárselas más de maestro, fué el caso que el chico presentó los deberes, con la eme corregida y en la forma que yo le había enseñado.

Pocos días después, y apoyado por los padres, el chico se me encaprichó de nuevo. Con objeto de que los varones trabajaran también en la clase de labor de las niñas pedí a los varones trajeran todo lo necesario para enseñarles a pegar botones en un retacito de género. Es inútil decir que mi caballerito se resistió a cumplir la orden, alegando que decían sus padres que él no necesitaba aprender eso. —Mire Dardo, le dije yo, dígales a sus padres que dice su maestra que "el saber no ocupa lugar" y además, añadí sonriendo y dando a mis palabras ciertas energía, dígales que ante todo usted es argentino y que algún día le tocará la conscripción y que quizá le toque también pegarse un botón, en el cuartel, y como no tendrá su mamá al lado, no le vendrá mal saber hacérselo usted mismo. Triunfé de nuevo. Al día siguiente, Dardito, me entregó una bolsita, conteniendo prolijamente arreglados, hilo, aguja y... ¡Has-

ta dedal!, un lindo retazo de género y doce finísimos botones de nácar.

Desde ese día el chico me demostró gran simpatía y una nueva invitación para que frecuentara la casa me dieron la certidumbre de que me había ganado la estimación de los padres también.

Hallé raro que simpatizaran conmigo, ellos que mimaban tan exageradamente a su hijo, conmigo que lo había tratado con tanta firmeza y rectitud. ¡Ah!, no era raro porque hay algo que triunfa siempre en la vida y es la bondad y la rectitud del proceder.

*Rasgo distintivo: Orgullo*

Bella chiquilina, con su cálida hermosura de morocha, su soberbia cabellera negra como las sombras de la noche y ondulada como las olas del Océano; su frente blanquísima y altiva... Pero, ¡qué lástima! que el alma de esta niña formase tan marcado contraste con su singular belleza. Tenía un defecto que arrojaba una sombra sobre sus dotes de belleza e inteligencia. ¡Era orgullosa! En efecto, si un escultor famoso hubiera examinado detenidamente su frente elevada, sus delgados y hechiceros labios, deprimidos en los ángulos, hubiera adivinado en esta bellísima niña un orgullo infernal, casi salvaje. Era única en la escuela, despreciaba a todas sus compañeras y siempre se la veía en los recreos sola o con su hermanita menor, la pequeña y graciosa Ernestina.

Ninguna compañera le parecía digna de su amistad o de su aprecio. A todas las encontraba feas, ridículas, ignorantes y todas eran pobres al lado de la fabulosa fortuna de sus padres, que más

existía en la imaginación de la niña que en la realidad, porque los padres de Valentina, según lo supe por ellos mismos, eran personas muy acomodadas, pero no ricas. El padre, descendía de una familia, muy digna, pero sin fortuna, había llegado a costa de múltiples esfuerzos y sacrificios a conseguir el título de ingeniero, profesión que ejercía con éxito, lo que le permitía una tranquila existencia.

Cuántas veces, hablando con la madre de esta niña, me decía que estaba desconsolada porque no podía conseguir que su hijita fuera más sensible y más humilde. Yo le prometí empeñarme en ello y con satisfacción de la señora nos pusimos de acuerdo.

Pero, cuántas veces, durante el año escolar que estuvo bajo mi dirección, tuve que chocar con su férreo carácter, con su indomable voluntad. ¡Con su fatal orgullo! para obligarla a cumplir una orden que a su juicio la rebajaba y a la que me oponía callada y tenaz resistencia. Llegó un día en que tuve que sostener con ella una verdadera lucha. Fué en una clase de composición, en que dí como deber a las alumnas escribiesen una carta



entre ellas, designando de antemano compañeras e indicando a la que debía escribir la carta y a la que debía contestar. Como para mí mis alumnas son siempre todas iguales designé las compañeras sin escogerlas y sin reparar por cierto en la que le tocó a Valentina. Dado el deber, sonó la campana anunciando el último recreo, y salimos inmediatamente al patio.

Al volver de nuevo a nuestra aula, noté entre las alumnas un leve cuchicheo y ciertas sonrisitas disimuladas. El gesto de Valentina denotaba desprecio y disgusto. Acostumbrada a leer en el semblante de mis alumnas como en un libro abierto la más leve impresión de placer o de disgusto, noté que algo anormal les sucedía, pero nada dije porque al empezar de inmediato la clase de Geografía reinó el más completo silencio y la más respetuosa atención. Sólo al día siguiente y ante el disgusto que me proporcionó mi orgullosa alumna, tuve la convicción de que realmente algo anormal había ocurrido entre las alumnas en el último recreo del día anterior. Es que se había discutido el tema de la clase de composición y Valentina había asegurado que no llevaría el deber hasta que

yo no le cambiase compañera. A ella le tocaba escribir primero.

Así es que cuando le tocó entregar el deber, se puso de pie al lado de su banco y con una actitud de reina ofendida me dijo: Yo no lo hice al deber. —¿Por qué?, le pregunté. La respuesta se hizo esperar un poco pero luego con sus finos labios contraídos en un soberano desdén me contestó: La hice, pero me la olvidé en casa. —¡Ah! eso es otra cosa le respondí, pero adivinando una resistencia en su actitud le dije: Mañana sin falta debe presentarme el deber. No me contestó y tomó asiento, silenciosa y pensativa.

Con la obstinación propia que me caracteriza, cuando me propongo algo útil, no bien entramos a clase al día siguiente le pedí de nuevo la carta, y ella, poniéndose de pie rápidamente, me dió su ya meditada respuesta: Yo no voy a traer la carta, señorita. —Deseo saber el motivo por el cual me desobedece, señorita, le dije en tono bastante imperativo. Mirando discretamente a su alrededor como haciendo con la vista una rápida inspección en la aula para enterarse sin duda de si la compañera aquella estaba presente y luego de notar su

ausencia me contestó: No la traigo porque la niña que usted me ha designado de compañera no es de mi clase y yo no puedo escribirle; y, bajando los ojos, añadió despacito, porque es una chusma. Ante tan rotunda declaración, adopté una actitud de perfecta calma a la vez que de marcado disgusto y le dije: Tome no más asiento, más tarde hablaremos.

Minutos antes de terminar las clases mandé a llamar al portero y en presencia de ella y de las demás alumnas le entregué una carta ordenándole la llevara a casa de los padres de Valentina. En ella ponía lo ocurrido en conocimiento de la madre de tan caprichosa niña, solicitando de esta noble y correctísima señora, hiciera que Valentina respetara mis órdenes y cumpliera con el deber dado por mí.

Al día siguiente tuve la agradable sorpresa y la satisfacción de que Valentina me entregase el deber, entre humillada y confusa, el que recibí sin darle la menor importancia y sin hacerle ver de que había comprendido todo el sacrificio que a su orgullo importaba ese pequeño esfuerzo.

En el recreo busqué una ocasión de hablar a so-

las con ella, y le dije: Valentina, hoy me has dado el placer más grande que he experimentado en mi vida. Ante esta pequeña victoria palidecen para mí las gloriosas jornadas de Salta y Tucumán. Vencerse a sí mismo, es la victoria más grande y hermosa que podemos alcanzar, porque es la más difícil, la que más nos cuesta. Ella silenciosa me escuchaba, con la vista persistentemente clavada en el suelo, de improviso irgiendo su hermosa cabeza y fijando en mí los ojos con una expresión entre triste y retadora me dijo: ¿Usted dice por la carta? —Sin duda, creí que ya lo habíais adivinado. —¡Va!, si la escribió mamá, exclamó, riendo.

Ante esta salida tan inesperada como ingeniosa la miré en los ojos con expresión de asombro y de incredulidad, fué sólo un instante y luego sonreí amargamente, ella a su vez sonrió también. Nada me dijo, pero comprendí que me había mentido.

Era otra vez su orgullo el que se ponía en sus labios para sellarlos a toda exteriorización generosa. Al separarnos, suspiré, pensando ¡Qué diferencia entre aquella madre humilde y buena y entre esta hija orgullosa y altanera!



*Rasgo distintivo: Bondad*

Aun me parece verla con su rostro color de azucena, envuelta en su flotante vestidito de vaporosa muselina; con la mirada tierna y apacible de sus bellos ojos, como un par de castas palomas que sumergen sus leves alas en las cristalinas y frescas aguas de un lago. Así era su serena mirada, como fija siempre en un más allá; en los apacibles horizontes color de rosa de la infancia. Parecía soñar constantemente y como si su espíritu estuviera de continuo flotando en el espacio en medio de las ilusiones que son las rosadas ondas en el mar tumultuoso de la vida. Humilde, generosa y resignada, era una criatura seductora más que por su belleza lo era por su infinita bondad y encantadora gracia.

Parecía que su espíritu hermoso se filtraba a través de su divino cuerpecito, comunicándole a la belleza de sus formas y a todos los movimientos de su cuerpo, esa gracia y encanto que sólo son producto de la inocencia del alma y de la bondad del

corazón. Gracia y belleza inmutable que sólo residen en el alma pura de la infancia como el perfume de las flores encerrado en riquísimo frasco de fino cristal. Así el alma de Margarita parecía exalar a través de su cuerpo inmaculado el sublime perfume de la virtud. Era una compañerita deliciosa, no había una sola chica del grado, que no se pleitarse su amistad. Cuando salíamos al recreo, no bien se rompía fila corrían a su lado, disputándose cada cual el derecho de tomarla del brazo para pasear con ella y gozar de su agradable compañía.

Algunas chicas también iban a ella como van las abejas a las flores, porque Margarita tenía siempre con ella una bolsita de raso azul que estaba siempre llena de caramelos, bizcochos, chocolatinas, etc., etc., y que la mamá cuidaba de entregárselas diariamente repleta de estas golosinas y de las que Margarita apenas probaba. Lo supe porque un día que era el de los niños pobre se acercó a mí y me ofreció que me sirviese bombones de su bolsita, lo que acepté sonriente y dándole afectuosamente las gracias le dije bromeando: —Pero, Margarita, tú debes ser muy dulce. He observado que nunca de-

jas de traer golosinas. Entonces ella, con aquella naturalidad que era su mayor encanto me respondió: —Yo no como tantos dulces. ¿Le parece a usted porque traigo esta bolsita? No crea, no es todo para mí, lo que hay en ella. Mamá me la prepara así todos los días porque dice que en la escuela hay muchos niños que se ven privados de ellas, pues a pesar de que las desean tanto no pueden comprarlas porque apenas si tienen para lo más indispensable y es por eso que mamá no quiere que coma nada en la escuela sin compartirlo con mis compañeritas. A propósito, señorita, añadió, ¿me permitiría usted repartir hoy, que es el día de los niños pobres, unas cuantas cositas que he traído para los más necesitados de mis compañeros?

No sólo accedí complacida a lo que la bondadosa niña con tanta delicadeza me pedía, sino que le dije: Me siento en extremo feliz al saber que tengo en mi grado una alumna de sentimientos tan altruistas y de noble y bellísimo corazón, y añadí: Querida Margarita, los pequeños favores que hoy dispensas a tus compañeritos son los cimientos de una obra grandiosa que habéis empezado y que terminarás en lo futuro, si tu corazón, hoy tan no-



ble y puro, se conserva siempre como ahora. —Sí, me contestó. Yo quiero ser siempre buena y hacer todo el bien que pueda. Mamá me enseña así, porque dice que no hay nada más bello y que proporcione mayor satisfacción como hacer el bien. Tengo un cuaderno en el que anoto todas las máximas que me pueden ser útiles por las enseñanzas que encierran; tengo escrita una que mamá me la dictó de una poesía que Juan de Dios Peza dedicó a sus hijas, y dice: “Haced el bien para dormir tranquilas”. Ella quiere que recuerde siempre esta bella frase. Es tan feliz mamá cuando llevo a cabo una obra buena que por verla siempre así las realizaría todos los días. Mamá prefiere que dé golosinas, juguetes o ropa a los chicos pero no dinero, porque así uno está segura de que lo han aprovechado ellos y no como dándoles dinero que la mayoría de las veces lo malgastan, lo pierden o se lo quitan otras personas.

Permanecí unos instantes como fascinada, escuchando las bellas palabras de Margarita. Estaba encantada de esa niña de tan generosos sentimientos. Pocas veces había visto una criatura más hermosa, de alma más perfecta y de bondad más aca-



bada que Margarita. Era un modelo de gracia y de virtud. Dichosos esos padres que tenían la suerte de tener a su lado un ser angelical, todo gracia, bondad, belleza y candor.

Así era Margarita. Bella como las flores, pura como la gota de rocío, como la violeta humilde y como un ángel celestial y buena.

Cada movimiento era una gracia y cada palabra suya una promesa de felicidad para el que sufre.

*Rasgo distintivo: Conversadora*

Lindísima chica de carita redonda y rosada, como una riquísima manzana en sazón, sus bellos ojos llenos de luz, parecían reflejar constantemente el suave y purísimo azul del firmamento, sus cabellos dorados caían formando una vaporosa aureola a su divina carita y cuando su dueña en un ademán involuntario y sin artificio movía la gentil cabecita, agitándolos graciosamente semejaban a esos regios trigales que el sol de Noviembre dora y que la cálida brisa de una tarde infinitamente bella agita jugueteando, coquetona y bulliciosa.

Tenía esta chica para mí un defecto: era conversadora como ella sola. Parecía una finísima muñeca mecánica con cuerda para largo tiempo y que no podía parar sino hasta agotar toda la fuerza de su prodigioso mecanismo. Sin embargo, tenía esta nena el porte y la seriedad de una persona mayor, no le agradaba que la acariciasen y sobre todo se enojaba si por casualidad se le llegaba a tocar la cara. No se reía jamás y a no haber sido

por la costumbre de conversar tanto, nos hubiera hecho el efecto de una enigmática figurita de biscuit; tan serio y grave era su porte. Sin embargo, toda esa reservada actitud de personita culta y modosita se eclipsaba un tanto ante su pasión favorita: la conversación, y como es sabido, cuán indiscretos son los niños, debido a su inocencia, ingenuidad e inexperiencia es famoso el refrán de que "Los niños y los locos dicen la verdad". De allí el peligro de que éstos esgriman la peligrosa arma de la palabra. Es por eso que a la paqueña Rosita, la consideraba algo así como el peligro amarillo para su familia. ¡Qué conversadora era! ¡Y qué indiscreta! ¡Cuántas cosas me hubiera contado si yo se lo hubiera permitido! Siempre encontraba la manera de estar a mi lado para iniciar cualquier conversación y no sólo contaba lo que sabía y veía sino que le hacía mil preguntas a uno, sin ninguna intención mala, pero que nos revelaban el fondo de curiosidad que se encerraba en esa almita infantil. En los días de lluvia sobre todo, era infaltable, se supone porqué; sabido es que en tales días la asistencia de los alumnos por lo general es escasa, y entonces, la disciplina de la clase admite

ciertas variaciones como la de que las niñas cosan más de lo ordinario, que se cuenten cuentos, mientras se hacen trabajos manuales, que se cambien de banco y otras pequeñas concesiones que a los chicos les encanta por la novedad que para ellos encierra. Era en estos días cuando Rosita encontraba vasto campo para sus charlas infantiles, su voz cristalina, de un timbre encantador por lo melodiosa y suave y la gracia, única de ella para contar las cosas; atraía todas las miradas y la atención de sus compañeras que, como alondras fascinadas por espejo y abandonando la labor, la escuchaban entre sonrientes y asombradas. Pero la que tenía que pagar el pato, como se dice vulgarmente, era yo. Venía a mí, con el inocente pretexto de mostrarme la labor o para que le revisara una cuenta que había hecho y ya no volvía a su asiento. Empezando, por ejemplo, el siguiente diálogo:

—¿Le gustan a usted las flores?

—Mucho sí, le respondía.

—¡Ah!, a mí también, si son ¡tan lindas!; el casa había tantas, ¡tantas!, que ya no sabíamos qué hacer, pero esas hormigas no nos han dejado ninguna. ¡Qué fastidio! ¡Qué odio! les tengo a las hor-



migas, si pudiera las mataría a todas, peor desde un día que escarbando un hormiguero, me picaron y me hicieron un ronchón. Mamá las persigue, pero es inútil, vuelven a salir; nos prestaron también una máquina hormiguera. —Hormiguicida, corrigí. —Sí, eso es, bueno, esa entraba hasta las cuevas; papá la puso y tampoco ¡nada!, salen y salen y no dejan ni una planta, pero por suerte ahora ya están brotando otra vez, unos rosales que tenemos cerca de la puerta de la sala. Allí no van tanto, en cuanto den flores le voy a traer un ramo grande. Así, y con sus pequeñas manecitas, hacía el ademán indicando el tamaño del ramo que iba a regalarme y que yo debía tener la admirable paciencia de esperar hasta que las plantas dieran flores.

Otras veces me decía: —¿Sabe que hoy casi no vengo a la escuela? —¿Por qué, Rosita?, le preguntaba, fingiendo gran asombro. —Por muchas causas, me respondió. Fíjese que la sirvienta que es una sinvergüenza, Vd. sabe cómo son las sirvientas. Bueno, no me había preparado toda la ropa anoche, y eso que mamá le encargó que no se olvidara de cambiarme, pero ella la muy hara-

gana que no piensa en otra cosa más que en coque-  
tear, y es ¡más fea! y en hacerse las ondas, para  
salir a compras. Siempre está comprando, ¡siem-  
pre quiere hacer compras y más compras! Bue-  
no, se olvidó de prepararme un par de medias esta  
mañana. ¡Qué rabia!, al ir a vestirme sale con que  
no tenía medias para mí, entonces yo no podía  
calzarme a causa de esa papamoscas. Como las me-  
dias que tenía estaban muy rotas me hacían do-  
ler el botín.

—Menos mal que no te hacían doler el pie, le  
observé.

—Sí, sí, los pies, me contestó apresuradamente  
y continuó: Como yo me levanto tarde, ya iba  
a ser la hora de venir a la escuela y tenía miedo  
de no poder venir, no se las podía lavar y para  
mejor no había de ninguna de las chicas porque  
todas; mire si será tonta, las había puesto a  
remojar, a más como no tenemos muchas, por-  
que, ¿Ha visto qué caras se han puesto las medias?  
Es cierto que papá gana mucho dinero y tenemos  
con que comprar, pero para que desperdiciar el  
dinero, si nos podemos arreglar ¿No es cierto?...

—Sí, Rosita, piensas bien, le contesté; hay que

saber economizar y no malgastar el dinero.

—Bueno, continuó, y bajando la voz me dijo: ¡Sabe lo que tuve que hacer para no perder la escuela y no faltar como usted quiere?... Bueno, tuve que ponerme las medias de un hermano que tengo, ¿no se ha fijado?, son de hombre; y retrocediendo un paso hacia atrás, levantándose, con ambas manos el vestidito me dijo: Mire. Yo miré lo más indiferente que pude y le dije: En efecto, pero no se conoce. —¿Ha visto? ¡Qué le decía yo!, exclamó, contentísima. ¡No se conoce! ¡Qué se van a conocer, si son como si fueran de mujer, si las de hombre, son también cortas, ¿no es cierto?... Y como ya las llevo también cortas y además ¡va!, como vivo cerca me voy de una disparada y ya está.

Al decir estas últimas palabras, todas las chicas allí presentes se echaron a reír, no pudiendo contenerse más al oír lo referido por Rosita, con tanta seriedad y lujo de comentarios y detalles. Aprovechando la ocasión le di muchos consejos, haciéndole ver lo feo y peligroso que era hablar tanto, y peor todavía contar a extraños lo que nos ocurre en nuestra casa, porque sólo sirve para diver-

tir a los demás. ¡Va!, me contestó, pero esto ¡qué importa!, si fué por culpa de la sirvienta, y si las chicas se ríen, es de tontas, yo no les hago caso, de todos modos, mañana traigo nuevas, ¿No le parece?, y diciendo esto se quedó tan tranquila como si nada hubiese sucedido.

A pesar de mis recomendaciones, pocos días después Rosita incurrió de nuevo en una indiscreción incalificable.

Estábamos en preparativos para la fiesta de fin de año y tenía que preparar una comedia, cuyos personajes requerían ciertos pequeños artificios en el tocado. Conversaba al respecto con los alumnos que tomaban parte, e indicábales lo que cada uno necesitaba. A una le dije: tú tienes que pintarte la cara. Oír esto Rosita y dar un grito de entusiasmo fué una sola cosa, yo le voy a traer; en casa hay mucha, de todos colores, porque una hermana mía, grande, que tiene quince años, se pinta todos los días cuando sale; figúrese, es muy rosada y todavía se pinta, ¡qué tonta!, no sé para qué, yo que ella no me pintaría. Mamá la reta, pero ella no le hace caso y sigue y sigue pintándose cada día más.



Todo esto lo decía tan apresuradamente y con tanto entusiasmo, que cuando me dió tiempo para pronunciar un ¡Cállate, oRsita! ya había terminado su cómico discurso. Yo interiormente me moría de risa al pensar lo que era esta chica y en lo que con tanta inocencia y seriedad había referido. ¡No era para menos!, porque aparte de poner en ridículo a su hermana, había dicho que tenía pintura de todos los colores. ¡Qué interesante, pensaba yo, sería ver esa muchacha si se pintaba como Rosita decía, de todos colores!

Y ¡qué indignado se pondría un camaleón si la viese con las pretensiones de competirle!

¡Oh! sin par Rosita, tú, en tu inexperiencia ignoras todavía el valor del silencio y de aquel viejo refrán: “En boca cerrada no entran moscas”; de lo contrario, serías más discreta y sabrías el arte de oír, ver y callar.

¡Pero no!... La experiencia es joya cara que sólo se adquiere a costa de la pérdida de la vida, y si tú para poseerla has de perder ¡linda! Rosita, tu candor inmaculado, la sublime ingenuidad y la purísima belleza de tus tiernos años en hora buena sé indiscreta.

*Rasgo especial: Inconciencia*

A causa de esta niña, me vi varias veces en la necesidad de reprender a los varones del grado, porque la molestaban, llamándola la loquita, en cambio las niñas, imitando a su maestra, la querían y la compadecían en silencio. Rara e inconciente se mostraba en todos sus actos. Lloraba cuando debía reírse y se reía cuando debía llorar, parecía disgustarse cuando la trataba familiarmente y se mostraba dócil y sumisa en extremo cuando la reprendía con firmeza para poner fin a sus caprichos.

Un día, desesperada con su conducta, le dije: Tú no pareces estar en tu juicio. Al oírme uno de los alumnos, exclamó: Señorita, esa chica parece una loquita. Miré severamente al entrometido; en ese instante Dominga se puso de pie muy preocupada y pasándose nerviosa la mano por la frente, para apartar un indiscreto mechoncito de cabello que habitualmente le llegaba hasta los ojos; me dijo en voz muy alta y con la mayor seriedad del

mundo: ¡No!, no estoy loca. Luego tuvo un impulso desesperado, corrió adonde estaba yo y abrazándose a mí me dijo mimosamente, fijando en los míos sus ojos brillantes de lágrimas: ¡No, señorita, no soy loca! Luego, inclinando la inquieta cabecita sollozó amargamente.

Ha pasado ya mucho tiempo desde que tuvo lugar esta escena y Dominga es siempre la misma; lo sé porque, aunque ya no es mi alumna, nunca deja de visitarme. En todos sus actos, hasta en la manera de ofrecirme el ramo de flores con que siempre me obsequia, noto que su carácter es de lo más incomprensible y original. Bien dice el antiguo refrán: "Genio y figura, hasta la sepultura".

*Rasgo distintivo: Picardía*

Chico al cual no se podía mirar sin sonreír. Su cara era un espejo donde se reflejaban todas las picardías y travesuras de que era capaz su travieso espíritu infantil.

Inquieto, movedizo como el azogue, era uno de esos chicos que si se les dice que no toquen algo, retiran una mano pero ponen la otra.

Tenía una ligereza asombrosa para realizar sus travesuras, y si era pronta su imaginación para concebir, más prontas eran sus manos para ejecutar sus inconcebibles travesuras de inquieto duendecillo. Era un infatigable travieso, pero a la par que ingenioso y original, era inteligente y de noble corazón, por eso no se podía suponerlo malo, ni aun a través de sus peores faltas. Era un chico que razonaba, sentía y amaba; pero que sintiendo crecer en él la necesidad imperiosa de movimiento, se movía como impulsado por un secreto resorte.

Siempre encontraba pretextos para no estar en su banco, ya era para levantar algo que se le ha-



bía caído y que casi siempre él tiraba a propósito, o bien para solicitar de un compañero algún útil que siempre olvidaba llevar. Habitualmente llegaba retardado a la escuela, yo lo reprendía, pero a él nunca le faltaban excusas. Casi siempre eran obligaciones imaginarias que tenía que cumplir en su casa, o bien el culpable era el reloj, que se paraba precisamente al aproximarse en el momento de señalar la hora de ir a la escuela. Un día, en que mis alumnos no resolvían con mucha rapidez los cálculos de aritmética, les dije: ejercítense en contar prácticamente todo lo que puedan hacerlo, y añadí: el niño aplicado y estudioso encuentra números en todas partes. En su casa pueden contar las piezas, las puertas, las ventanas, los muebles, las plantas, las personas, los botones de sus trajes, etc., etc. En la calle, las puertas y ventanas, los árboles, las personas que encuentren, los vehículos. Los chicos reían, y yo, riéndome también, les dije: Por último, tienen para contar las baldosas que pisan por cada cuadra.

Para Roberto el consejo fué excelente, porque al otro día, cuando le hice la eterna pregunta de que por qué llegaba tarde, me contestó, creyéndose muy

en su derecho: Porque tuve que contar las baldosas que encontré desde que salí de casa hasta que llegué a la escuela. Le pregunté muy seria cuántas baldosas había contado, pero no supo decirme. Para ir a su asiento, a medida que iba pasando por entre las filas de bancos, observé que tocaba a uno por uno de los alumnos, y éstos daban un imperceptible grito: ¡ay! ¡ay! Iba ya a averiguar lo que sucedía, cuando uno de los alumnos, el menos paciente por cierto, exclamó: ¡Señorita! Roberto me pellizcó. Animados por esto, los demás declararon que a ellos también los había pellizcado. Reprendí a Roberto por su hazaña, le hice desandar el camino y le impuse la penitencia de hacerlo de nuevo con la mayor circunspección, lo que se realizó con gran alegría de los demás y con fingida seriedad por parte de Roberto, el cual, al llegar de nuevo a su banco, me dijo: Señorita, yo no he pellizcado a los chicos, lo que hice es solamente tocarlos, para aprovechar de contar, como usted nos aconsejó. Yo no hacía caso de que eran niños, yo veía números en ellos.

Reprimiendo la risa que me provocó esta ocurrencia y de la que era yo en gran parte culpable,

le ordené que se callara y tomara asiento, lo que obedeció sin replicar, porque a pesar de ser tan pícaro, era también humilde y obediente.

Cansada por fin de las muchas travesuras de Roberto, le dije un día que no se presentara a la escuela si no era acompañado de su papá o mamá. Fué con la madre, a la que expuse delicadamente el motivo que me determinó a molestarla. Me contestó que tenía el mayor placer en ir a enterarse de la conducta de su hijo y que de antemano suponía cómo debía ser en la escuela, porque en la casa era insoportable. En seguida se conoce cuando él llega, los hermanitos menores empiezan a llorar en seguida. Que da un puntapié a uno, que quita un juguete a otro o bien se le ocurre contarle cuentos que terminan en espantosas tragedias o cuyos protagonistas son duendes y fantasmas espantosos, y es claro, los chicos, asustados, le escuchan con los ojos muy abiertos, haciendo pucheros, y terminan por llorar. Luego continué: nunca me olvido el susto que me dió una noche. Estábamos cenando, cuando me acordé de que debía terminar un vestido que necesitaba para el día siguiente. Así es que antes de los postres me retiré



al cuarto de costura.

Noté entonces, que Roberto pidió permiso al padre y se levantó a su vez, como lo hace con frecuencia, no me llamó la atención, ni me fijé a dónde iba. Yo, en cambio, me dirigí al cuarto de baño, me lavé apresuradamente las manos y fui a sentarme a coser. No habrían transcurrido ni cinco minutos, cuando me pareció notar que el manequí, que tenía con un vestido en un ángulo de la pieza, se movía, pero, creyendo haberme equivocado, continúe cosiendo, sin preocuparme más; de repente veo con asombro que en efecto, el manequí se mueve y avanza lentamente hacia mí. Dí un grito y de un salto llegué al patio, en eso veo que el manequí se vuelca para adelante y cae, entonces descubro a Roberto, que sentado en el suelo se reía como un loco.

Todo lo comprendí en ese instante, pero no atinaba a decir ni una palabra, sin embargo miré a Roberto con una expresión tal de amenaza que él, comprendiendo el peligro de mi indignación, corrió a esconderse. A mis gritos habían acudido todos los de la casa, que no atinaban a comprender lo ocurrido, hasta que yo, una vez repuesta del susto,



les conté lo que había pasado. El padre se encargó del correctivo. Imagínese, señorita, terminó diciéndole la señora, si no me supondría yo lo que sería en la escuela.

Un día, y en ocasión de otra travesura, llamé a Roberto y amigablemente le hablé en términos que deben haber llegado al fondo de su almita bella, porque desde ese día cambió visiblemente. ¡Ah!, es que con inmenso cariño le supliqué que fuera bueno, y quien habla con cariño no suplica en vano.

*Carácter Indagador*

De padres muy pobres. Benito carecía hasta de lo más indispensable, era uno de esos pequeños seres que el ángel mimado de la suerte debería cubrir cariñosamente con sus alas y que sin embargo, se aleja de ellos, los abandona y obliga a perderse entre las tinieblas de la miseria y del infortunio. ¡Cuántas veces al recordar a este niño he meditado sobre su suerte y lo he comparado a una brillante mariposa que levanta su vuelo de entre las miasmas infectas de un pantano!

El, con su sutil almita en flor, con su divina gracia y su clara inteligencia se veía obligado a vivir en un ambiente que lo humillaba, empañando todas las ilusiones que con su precoz talento se forjaba.

Era una interesante personita digna del detenido estudio de un psicólogo. Tenía un espíritu de observación asombroso y eran desconcertantes sus razonamientos y preguntas indagadoras. Su modo de ser me recordaba a un personaje que Gastón

Leroux hace descollar por su admirable talento por su facultad extraordinaria para razonar; me refiero al famoso Boitabille en la novela titulada "El cuarto amarillo".

*Rasgo especial: Franqueza*

Delicada criatura que apenas contaba siete años; de carita redonda, de ojos muy negros, hermosos, con una seductora expresión de asombro y veladas por largas pestañas negras que contrastaban admirablemente con la tez mate pálido de su fino rostro y sus hermosos cabellos castaño claro, formando en suma un conjunto ideal de infantil belleza. A estas cualidades físicas añadía otras de más positivo valor. Estaba dotado de una inteligencia clara y de un carácter bondadoso y franco; esta última cualidad era la que hacía destacar su interesante personita.

Poseía a tal extremo la rara cualidad de ser franco, que aun cuando se le preguntaba algo cuya revelación podía perjudicarle no le importaba, decía siempre la verdad en el acto. Lo que voy a referir os dará una idea más clara de la inocencia y franqueza de este chico.

Había pedido a todos los alumnos de matrícula paga llevasen al día siguiente un cuaderno de cin-



co centavos que necesitaban para un trabajo especial. Al recoger los cuadernos sólo faltaba el de Luis Domingo; le pregunté el motivo de su olvido y él poniéndose de pie con la cabecita ligeramente inclinada hacia adelante, con los ojos fijos en el suelo y con un imperceptible estiramiento de su boquita, formando lo que vulgarmente se dice un hociquito, me respondió: Yo no traje el cuaderno porque papá no tiene plata (dinero), el libre-ro ya no le quiere fiar a papá.

Luego de decir ésto se sentó precipitadamente en su banco. ¡Esta vez le había costado decir la verdad!, pero su hermosa costumbre triunfó como siempre de todas las conveniencias.

En otra ocasión en que le pedí el deber porque no me lo había presentado, me contestó con su acostumbrada e inocente franqueza: Yo no lo hice, porque papá no lo sabía.

Este bello ejemplar del mundo infantil, me afirma en mi convicción de que no hay nada más encantador que un niño, siempre que éste conserve su cándida inocencia que es todo el secreto de la misteriosa belleza que admiramos extasiados en los niños.

*Rasgo distintivo: Pereza*

No será Pascual seguramente quien llegue a ser algún día lo que el gran Sarmiento, éste jamás faltó a la escuela y fué siempre puntual; aquél, en cambio, faltaba siempre que podía y siempre llegaba tarde.

Todos los días rompía con su presencia y original figura el habitual silencio que reinaba en la clase de lectura. Al verlo aparecer en la puerta del salón no podíamos menos que sonreir; era la imagen más real y perfecta del desaliño. Con su cara virgen de agua y de jabón, con los cabellos en punta y completamente alborotados, el guardapolvo roto y manchado, las medias dadas vuelta y cayendo desairadamente, sobre las embarradas zapatillas; su figura sólo provocaba las risas y las bromas de sus compañeros, que, con la natural predisposición con que más o menos todos nacemos para el mal, faltos de experiencia, no sabemos en la niñez lo que es reprimir los impulsos de nuestra naturaleza ni simular lo que no sentimos,

vemos más prontamente el lado ridículo de las cosas que lo bueno con que podríamos atenuar en parte lo malo que por herencia natural nos toca un poco a cada uno. Así los chicos que sólo veían en Pascual una figura ridícula por su desorden, se desbordaban en chistes y picarezcas sonrisas, discretamente veladas por el respeto que debían al sitio en que se hallaban y a la presencia de la maestra, a la que Pascual sólo inspiraba compasión y pena, porque uno con la experiencia del estudio y de los años hemos adquirido la costumbre de mirar siempre más allá, por encima de lo que tenemos ante nuestra vista y buscar en todas las miserias de la vida, un misterio, un secreto, un drama. Y, en efecto, ¿quién podría suponer que el desaliño y el abandono de esa pobre criatura era debido a sí misma? ¿Quién no comprende fácilmente que sus padres o tutores tienen toda la culpa, que son los que desatendiendo sus más sagrados deberes, que sería velar por ese pequeño ser, lo olvidan, lo abandonan y lo hacen objeto de burla y vilipendio ante sus compañeros de escuela hoy, ante la sociedad mañana, porque los hábitos adquiridos en los primeros años de la vida, no se arrancan fácil-

mente sino a costa de profundos trastornos físicos y morales; y ese niño humillado, envilecido por el desdén y el aislamiento se acostumbrará forzosamente a una vida denigrante y más tarde no le importará ya que se le tilde de tal o cual cosa.

En el principio de esta pendiente estaba Pascual, ¡pobre chico!... ¡Cuántas veces se disculpaba diciendo que trabajaba mucho y que por eso no tenía tiempo para arreglarse. Después de esta disculpa agachaba la cabeza y esperaba la orden de entrar al grado. ¿Qué otra cosa podía hacer? Después de unos cuantos consejos sobre higiene, respeto a sí mismo y dignidad personal terminaba por recibirlo en el grado. Los consejos a veces eran prácticos también. En una ocasión me vi obligada a llevarle aguja, hilo y botones para hacerle pegar en los botines, unos cuantos botones que desde hacía mucho le faltaban.

Cuando hacía todo esto por Pascual, recordaba aquella célebre frase del General San Martín, en su famoso boletín de Lima: "A fuerza de paciencia somos dueños de la Capital de los Pizarros". Así pensaba yo, que a fuerza de paciencia, conseguiría tener ordenado a Pascual.



*Rasgo distintivo: Suavidad*

La descripción de esta nena, dechado de gracia, de belleza y de inteligencia, escapa a todas las descripciones que mi pluma, exenta de belleza y de poesía, pudiera concebir, para daros una idea de esta ideal criatura con su clásica belleza de ángel de Murillo, os pido tengáis paciencia y juntéis aunque más no sea que con vuestra imaginación, todo lo más hermoso, delicado y fino que pudierais concebir y así formaréis su cuerpo. Imaginad luego lo más puro, noble y grande y habréis formado su almita, más bella, más pura aún que el cuerpo maravilloso que lo encierra. Tan linda como buena, tan humilde como inteligente, tan franca como discreta, tan juiciosa como alegre, tan aplicada como estudiosa. Elbita ha dejado en mi alma un imborrable recuerdo, tan grato y dulce como la caricia temprana de un beso.

CELESTE L. — EDAD 13 AÑOS

*Rasgo distintivo: Distracción*

Como su nombre lo indica, era verdaderamente una celeste criatura y al verla os parecería realmente un ángel recién descendido a la tierra, tan sutil y vaporosa era su delicada personita, tenía un andar lánguido y una distracción tal que la caracterizaba en extremo, llevaba impresa en su rostro y en sus grandes ojos azules claros una tristeza poética y serena, semejante a esa calma que se observa en los azules lagos cuando en una tarde tranquila el sol declina silencioso.

Tan taciturna y distraída era, que casi llegaba a borrar el efecto que producía su belleza. Hablaba poco en la escuela y en clase me costaba mucho sacarle las respuestas, a pesar de que siempre que la hablaba se ponía de pie en seguida, siempre sorprendida como si despertase de un largo y profundo sueño y como si su espíritu estuviese allá lejos, a muchos kilómetros de su cuerpo. A mí me causaba tanta gracia esa pronta reacción de su persona, porque era tal su aturdimiento que no

parecía sino que se la hubiese sorprendido cometiendo una acción reprochable. Cuántas veces sonriendo le decía: ¡Ah!... ¡Mi Celeste!... ¡Mi Celeste!, siempre en la azul esfera, ¿no es cierto? Siempre tengo que arrancarte de mundos ideales a la realidad de la vida; y ella entonces inclinando gentil la cabeza, sonreía imperceptiblemente, algo avergonzada sin duda, porque sus mejillas de pálido y delicado lirio se teñían suavemente con los tintes más tenues del carmín.

Estaba siempre tan distraída que muchas veces cometía errores graciosísimos, si se le preguntaba algo de improviso. Sucedió que en una clase de composición, pedí a los alumnos expresaran oralmente oraciones sobre la luna, para que reunidos los mejores pensamientos se formara en conjunto una composición. Ella que era inteligente no había aún levantado la mano pidiendo contestar. Yo sin respetar su voluntad la interrogué y entonces ella, fiel a su costumbre o a su manera de ser de insigne distraída, se puso de pie sorprendida y respondió: “La redonda sale de noche”, una unánime carcajada de sus compañeras lo hizo comprender que había dicho un disparate y reaccionando dijo:



quise decir "La luna sale de noche". Así como estas otras distracciones de actos y palabras comen-  
tía Celeste, por lo que sus compañeras viéndola tan bella y distraída, diéronle el sobrenombre de "Ángel distraído".

Y fué Celeste, verdaderamente un ángel no **destinado a habitar** el mundo, rozó tan sólo con sus blancas alas esta tierra para elevarse luego a regiones siderales, dignas de su belleza y de su alma angelical. Voló a esos etéreos mundos, envuelta en luces celestiales, cuando aun no habíamos admirado toda la gracia y toda la maravillosa belleza de su alma y de su cuerpo. Un genio invisible la señaló entre la turba humana, un hálito misterioso sopló sobre ella: ¡Celeste murió!, o mejor dicho, Celeste no murió. Celeste vive, palpita en todo lo hermoso que en el mundo existe, en la poesía, en los cálices de las flores y en todo lo grande, noble y bueno. Celeste vive; vive en el recuerdo y en el corazón de sus compañeras y maestras.

¡Oh Celeste! No te olvido, no puedo olvidarte, si todo lo bello se asemeja a ti, yo te veo en el variante cristal de la gota de rocío, que oscila al desprenderse del seno nacarado de una rosa.



¡No te olvido! Si tu belleza palpita en un claro de luna, que en una noche serena, desciende hasta la tierra; no te olvido ¡no!, si las flores que aspiro traen en sus perfumes el suave y cálido aliento que se escapaba de tus labios de rosa carmesí. ¡Celeste!, tú vives en el corazón de tu maestra. Ella te quiere y te recuerda, no te olvida, evoca siempre tus gracias, tu sublime distracción, tu claro talento y tu suave y angelical belleza.

¡Celeste, tú no has muerto todavía!

*Rasgo distintivo: Travesura*

Eran tres años bien aprovechados, porque era este chico en toda la extensión de la palabra, un hermoso muchacho, de arrogantes formas y de gallarda presencia, sus facciones eran bellas y bien proporcionadas. Admirábase en él esa exhuberancia de vida, de energía y esa franca y natural alegría que se reflejaba en toda su persona.

Sus compañeros le llamaban San Martín, porque decían que le encontraban un cierto parecido en la energía de la mirada y en la majestad del porte, y recordando aquella anécdota del pañuelo que le ocurrió al General y que fué motivada por la impresión imborrable que la mirada de San Martín produjo en aquella mujer de la posada, y que no olvidó a pesar del tiempo transcurrido. Los chicos decían que así le sucedería algún día a Juan Manuel.

No era para tanto; sin embargo, la mirada de sus ojos negros era firme a la par que de una ingenua franqueza, como ingenua era el alma de

trece años de este San Martín en miniatura. Hablándolo se sentía uno atraído hacia él por su candor y su gentileza sin artificio.

¡Si sería cándido este chico! En una clase de composición ordené una vez, que todos pensarán lindas oraciones para que la mejor se escribiese en el cuaderno. Juan Manuel levanta la mano, le doy permiso para que hable y él formula la siguiente: "Mi mamá es mala". No es de contar la sorpresa que tal frase produjo en la clase. Yo le observé con suavidad y le dije que nunca se debe decir nada malo de los padres. Me contestó que él quería mucho a sus padres, que los respetaba siempre y que si él había dicho eso ahora era porque estaba pensando en que su mamá no le había dejado tomar unas manzanas que él tenía muchos deseos de comer después del almuerzo. Entonces le hice ver que a pesar de la obligación que tenemos de ser francos no siempre se puede decir lo que pensamos. Yo sabía que Juan Manuel, con el pretexto o costumbre de ser franco se había pasado muchas veces de los límites del respeto y de la moderación. Supe por su misma mamá que un día, muy graciosamente le había faltado el respeto en

presencia de sus hermanitos y venía ella a pedir-me que le diera una buena represensión; decía que estaba segura que me obedecería, porque me quería mucho.

—Es tremendo, me dijo la señora, hoy a la hora del almuerzo como no estaba su padre hizo de las suyas, este grandote; molestaba a un nene u otro, en fin, se complacía en oírlos llorar. Estaba tan fastidiada que casi le pego.

Y yo sé que no es malo, señorita, lo que hace es sin pensar y le parece muy divertido ser chistoso; en casa tratamos de no festejar sus ocurrencias, porque verdaderamente tiene ¡cada salida! Siempre que me hace alguna de esas gracias no se la perdono, y entonces él se arrepiente y me pide disculpas.

—Señora, le dije, Juan Manuel no es malo. El niño que se arrepiente de sus faltas, que le pesa haber cometido una mala acción, no es malo, es sólo un fértil terreno sin cultivo. Cultivémoslo ambas y recogeremos bellos y abundantes frutos.

Agradecida la madre, estrechó cariñosamente mi mano y se separó de mí con el alma quizá llena de esperanzas halagüeñas por el porvenir de su hijo.



¡Oh niños, hermosos niños! ¡Cuántos pesares y temores causáis a vuestros amantes padres y a los que os educan y conducen por la senda difícil de la virtud y del saber!

*Rasgo distintivo: Nobleza, distinción*

Era una chica de cara aristocrática, de porte distinguido, el rostro de color mate pálido, azules los ojos, sedosas las pestañas, nariz aguileña y labios finos y rojos. Su cabellera era abundante, de un hermoso color castaño claro; acostumbraba llevarla siempre suelta, semejando así un bello manto que le cubría totalmente la espalda.

María Elena era rica, su padre, un excelente médico, se había conquistado la confianza y el afecto de sus clientes y el respeto y la estimación de cuantos lo trataban; la niña a pesar de su elevada posición, no era orgullosa y la mayoría de las veces llegaba a la escuela en su regio auto acompañada de un grupo de compañeritas que vivían cerca de su casa y en el trayecto de la escuela. Sobre todo en los días de lluvia su auto parecía un enjambre de zumbadoras abejitas, porque invitaba a todas las chicas que podían caber en él, sin desdenar de hacer sentar a su lado a la niña más humilde y menos favorecida por la fortuna, apar-

te de que la “princesita” como la llamaban cariñosamente sus compañeras, era en extremo sencilla en el vestir. Para asistir a la escuela llevaba invariablemente un delantal blanco, prenda ésta que **más de una niña** de las que llaman bien, desdennan llevar y lloran y escandalizan en su casa, si por casualidad, la mamá le obliga a ponérselo.

María Elena, cuya posición en la sociedad que frecuentaban sus padres, le exigían, desgraciadamente, ostentación y lujo, tenía bellos y costosos vestidos pero que en la escuela los lucía solamente en las muy grandes fiestas escolares. Era en estos días en que la belleza de “la princesita” estaba en todo su esplendor, tenía esa distinción y ese aire aristocrático que en vano se pretende imitar. Ella parecía adivinar el efecto que producía entre sus compañeras, pero su modestia e humildad la hacían emplear un tacto exquisito para desviar de ella algunas endiviosas miradas infantiles y dirigiendo una mirada cariñosa a una o una caricia a otra, derretía así con el calor de la bondad, el hielo del egoísmo y las chicas saltando contentas alrededor de “la princesita” esperaban impacientes la señal de empezar algún juego que con tan-

ta habilidad iniciaba casi siempre y del cual ella era la reina.

Como alumna, era María Elena un modelo. Jamás, bajo ningún pretexto, dejaba de cumplir con sus lecciones y deberes, tenía una memoria prodigiosa y se distinguía por su penetración y pronta comprensión. Bien acostumbrada desde pequeña por sus padres, era obediente, cariñosa y humilde, En su corazón virginal y puro, no habían tenido jamás cabida ni el egoísmo ni el orgullo, pasiones fatales que con frecuencia envenenan el alma de las niñas favorecidas por la fortuna, ese regio presente del destino.

María Elena, distinguida y rica de nacimiento, era la personificación de la sencillez de la bondad y del desinterés.

¡Oh! alma delicada y noble, serás siempre un hermoso ejemplo para las niñas de tu clase, y tal vez soñando en imitarte, más de una almita egoísta y fría, sentirá latir con extraña violencia su tierno corazón al impulso del tibio calor de la virtud, y quizá busque en la fuente inagotable de la caridad la sensación más grata que puede experimentar el corazón humano.



*Rasgo especial: Reflexión*

La Naturaleza había puesto en el alma de esta niña, toda la belleza que negara a su rostro.

Careciendo de la armonía de las formas nos hubiera parecido fea si en su semblante como en un límpido espejo no se hubiese reflejado todo el encanto y suavidad de su alma y si sus grandes ojos no habrían expresado en su mirar sereno, toda la ternura y bondad de su corazón angelical.

Esta criatura llevaba en su persona el sello inconfundible de los que sufren. ¡Y sufría en efecto! ¡Era huérfana! Había perdido a sus padres en una edad en que si bien todavía no se alcanza a comprender aun en toda su magnitud la inmensidad de esta desgracia se sabe, sin embargo, sentir porque el corazón infantil se abate profundamente al bárbaro influjo del abandono y del dolor, tiembla ante el misterio de la muerte y de la palabra: ¡Huérfana! ¡Pobre niña! Semejante a una pequeña flor doblegada sobre sí misma, ella cruzaba indecisa, pálida y abatida la triste senda de

su solitaria vida.

En su hogar donde había reinado sólo el ambiente luminoso de una felicidad casi perfecta había batido de improviso sus negras alas el ángel implacable de la muerte y de él, sólo quedaban tristes ruinas soledad sombras y... el recuerdo ¡Nada más!, en el alma entristecida de la pobre niña.

¡Oh! mi querida María Angela, aún paréceme verte todavía, siempre pálida y triste surgiendo leve de entre las sombras que parecía esparcir tu vestidito de luto, querida niña, jamás se borrará de mi mente tu figurita sutil de inconfundible distinción. Recordaré siempre con infinito cariño la suave dulzura de tus modales, tu clara inteligencia, tu carácter bondadoso y noble cualidades todas que te hicieron tan querida para mí y estoy segura que cuando al pasar de los años evoqué en el recuerdo de mis pasadas horas las figuras gentiles de mis inolvidables alumnas, ha de ser la tuya la que surge primero ante mi vista rodeada de la aureola luminosa de todas las virtudes y de todos los dones morales con que la Naturaleza puede dotar el corazón de una criatura.

*Rasgo distintivo: Travesura*

Lindo gordito, de cara muy rosada, de hermosos cabellos castaños.

Era uno de los chicos más simpáticos y de los más traviesos que recuerdo haber tenido a mi cargo. Sus travesuras eran siempre perdonables porque no carecían de gracia y jamás perjudicaban a nadie.

Unía a su natural gracia y a su noble y bondadoso carácter un espíritu extraordinariamente travieso e inquieto, tenía una fácil imaginación que lo hacía concebir siempre nuevas y originales travesuras.

Inteligente pero algo perezoso, era enemigo del estudio y por consiguiente de la escuela. De manera que se arreglaba para faltar lo más que podía a clase. Como yo sabía de que tenía la costumbre de hacerse la rabona, era muy exigente en pedirle los justificativos, los que sólo conseguía recurriendo a medios extremos, porque él me decía siempre que se había olvidado. Un día que falta-

ban todavía algunos minutos para empezar las clases y Máximo no estaba aún presente, como había faltado el día anterior envié al portero a buscarlo, porque vivía cerca de la escuela. A los pocos minutos se presentó la mamá con él y muy alarmada me dijo: Pero si ayer lo he mandado a la escuela, señorita.

Interrogado el muchacho confesó que se había hecho la tradicional rabona. Agachando la cabeza y suspendiéndose los pantalones con ambas manos, como era su costumbre habitual, quiza porque era demasiado grueso y continuamente se le saltaban los botones o en alguna andada de las de él rompía los tiradores, de modo que se le veía frecuentemente dar medias vueltas suspendiéndose el pantalón que parecía siempre querérsele escapar al suelo. Indignada su mamá le obligó a decirle dónde pasó la tarde. —En casa, mamá, le contestó el chico. —No es posible, ¿cómo no te habría visto? —No, mamá, le replicó el chico, estaba demasiado alto para que eso pudiera suceder. Me metí en el tanque del antiguo molino y como no se usa ahora; nadie va allí.

La madre y yo nos miramos conteniendo la ri-



sa con evidente esfuerzo. Antes de que él pudiera darse cuenta del efecto que en nosotras había producido tal declaración, le ordené ir a su asiento y quedé todavía un momento conversando con la señora. —¿Qué le parece?, me dijo. Es travieso, señorita, pero no es malo. Tiene un noble y bellissimo corazón, es generoso en extremo. Todo, hasta las más insignificantes golosinas y sus juguetes los comparte con gusto entre sus hermanos y amiguitos; pero éstos son pocos. Tengo en mi casa un inmenso parque y él prefiere vagar solo, juntando bichitos de toda clase. Cosa rara, hasta tiene criando una lechuza, y cómo la quiere, le ha hecho una pequeña gruta para ella y allí la tiene.

—¡Ah!, dije riendo, entonces mi alumno tiene tendencia naturalistas, será tal vez algún día un gran sabio. Por ahora no hay ninguna probabilidad de que así sea, pensé. Jamás estudiaba y el pedido de la lección se había convertido en un estribillo. Máximo, la lección, decía yo. —No la sé, me respondía invariablemente. A tal punto que si un loro inteligente hubiese permanecido un tiempo en el aula, hubiese aprendido a repetir: “Máximo la lección. No la sé”.

¡Ah mi querido y pequeño perezoso!, estoy segura de que hoy has sacudido tu infantil pereza, que no le tienes ya miedo al estudio y que con el solo esfuerzo de tu clara inteligencia y la bondad de tu corazón vas conquistando para el porvenir una tranquila existencia llena de luz y de gloria.

*Rasgo distintivo: Inteligencia y bondad*

El encanto que parecía como emanar de este gracioso chico, residía más bien en sus hermosos ojos del todo expresivos que tenían la pureza del cielo que reflejaban. Su gesto revelaba inteligencia. Distinguíase por su espíritu sutil, sus suaves modales y su gran talento.

“Hacer el bien por el bien mismo y ser generoso” parecía que era el lema favorito de su tierna existencia. Es cierto que muchas de sus cualidades no las debía sólo a la Naturaleza sino que eran producto de una educación esmerada en el seno del hogar. En la escuela todos los pequeños pedidos de sus compañeros los satisfacía con placer, una vez era un lápiz, otras un cuaderno, una goma que tenía que prestar y muchas era el concurso de su clara inteligencia lo que solicitaba algún compañero para resolver un problema, hacer una composición, etc., etc. Una prueba de su generosidad es lo siguiente: Debiendo cumplir con el programa de Trabajo Manual, solicité de los alum-

nos, el material necesario, sucedió entonces que una de esas alumnas bien vestidas y de matrícula paga de esas de mucha apariencia, que cumplen en la escuela con lo extrictamente indispensable y sólo llevan los útiles de los cuales les es imposible prescindir, se puso de pie al lado del banco y muy avergonzada me dijo: Señorita, yo no puedo traer nada para el trabajo manual porque papá se opone a que gaste en cosas que no sean libros o cuadernos. —No importa, le contesté, eso se arregla fácilmente.

En ese instante vi que Luis Alberto le hacía señas para que se callara, luego le dijo algo despacito. La chica que era su compañera de banco sonrió satisfecha. Era porque Luis Alberto le había prometido traerle todo lo necesario, lo que cumplió al día siguiente, como acostumbraba hacer siempre que algo prometía.

Los padres de este niño no eran ricos y sin embargo él ayudaba a sus compañeros, lo que prueba que es cierto eso de que "Todos podemos dar algo". Muchas veces imponiéndonos insignificantes sacrificios hacemos la felicidad de los demás y los padres de Luis Alberto le habían enseñado a



saber privarse algunas veces de lo superfluo en bien de los necesitados.

Dios quiera, niño, que hoy seas el más feliz de los mortales y que tu alma blanca como el armiño y pura como la brisa de la aurora, sea para las miserias de la vida un refugio perfumado lleno de sombra y de frescura.

*Rasgo distintivo: Picardía*

El gordo, como le llamaban cariñosamente algunos compañeros, era un chico rubio y efectivamente muy grueso, de cara muy redonda por lo que tenía que soportar frecuentes bromas de los compañeros más traviesos; de esos que siempre están dispuestos a reírse y burlarse de las imperfecciones ajenas sin reparar en las propias.

De todas las bromas que Oteló tuvo que soportar con su inalterable buen humor, una me llamó la atención por su gracia y originalidad y el fondo científico que encerraba. Fué en una clase de labor. Una simpática chica muy graciosa e inteligente, que pertenecía a una distinguida familia y que decía ser sobrina del entonces Director del Observatorio Astronómico de La Plata, me pidió permiso para hablar con Oteló unos instantes, lo que le concedí pero sin dejar de observarla disimuladamente, porque ésta era una de las alumnas que más se divertía a costa del paciente Oteló, sólo que sus bromas en lugar de disgustar al muchacho lo

divertían, porque se reía en lugar de enojarse. Es que esa muchacha poseía el don de gentes, usaba la mayor fineza y discreción en todos sus actos y palabras. Observé que se sentó al lado de Otelito, tomó un libro, lo abrió y le dijo: Mírame; el chico obedeció, sonriendo y ella muy seria, le advirtió que debía quedarse así muy quieto durante un rato, porque ella, imitando a su tío, había resuelto estudiar astronomía y como él tenía la cara igual a la luna quería estudiar en ella a este planeta.

Los chicos, incluso Otelito, rieron a más no poder de la ocurrencia de Yole. Se llamaba así la graciosa impertinente a la que llamé al orden haciéndole ver que me disgustaba que me haya pedido permiso para ocuparse de algo que era ajeno a su deber. Así por el estilo de ésta, el gordo soportaba muchas bromas, sin embargo jamás se lo veía enojarse. Sonreía siempre, sus ojos azules eran de una viveza extraordinaria, pero tan chicos que desaparecían casi en el abultado círculo de su rosada cara; aun cuando no todas sus energías se le iban en engrosar, también era estudioso, puntual, honrado y bueno.

